



Lo Infiel: Diálogos sobre la construcción de la Infidelidad.

Tesis profesional que para obtener el grado de

Maestro en Psicoterapia

Presenta:

Psic. Christian Israel Lizama Valladares

Mérida, Yucatán, julio de 2013.

Mérida, Yucatán, a 20 de junio de 2013.

María del Rocío Chaveste Gutiérrez, PhD.
Directora de la Maestría en Psicoterapia
Instituto Kanankil
Presente

El abajo firmante, asesor de la tesis “**Lo Infiel: Diálogos sobre la construcción de la Infidelidad.**”, presentada por el alumno **Psic. Christian Israel Lizama Valladares**, para obtener el grado de **MAESTRO EN PSICOTERAPIA**, le comunico que cumple con los requisitos establecidos en el Reglamento General del Instituto, y por lo tanto el dictamen que emito es de **Aprobado** y puede proceder a la presentación de su examen de grado.

Atentamente

Psic. Jaime Abraham Goyri Ceballos M.P.
ASESOR

C.c.p Interesado

Por este medio declaro que esta Tesis es mi propio trabajo, con excepción de las citas en las que he dado crédito a sus autores; así mismo, afirmo que este trabajo no ha sido presentado previamente para obtención de algún otro título profesional o equivalente.

Christian Israel Lizama Valladares

INDICE

Índice	i
Resumen	iii
Agradecimientos	iv
CAPÍTULO I		
Introducción		
La Cesta	1
Primer momento: interés del terapeuta.....		3
Segundo momento: ideas sobre la diversidad.....		11
Tercer momento: mi propia vida.....		12
Descripción del documento.....		16
CAPÍTULO II		
Metodología		
En charla con las charlas	18
Describiendo, no cuantificando.....		18
Dialogismo-el diálogo como método.....		22
Grupo de discusión.....		23
Descripción metodológica.....		25
Coinvestigadoras.....		29
CAPÍTULO III		
Análisis		
Lo Infiel	33
Las inminentes relaciones.....		36
La pareja: un concepto cambiante en un mundo estático.....		40
El incómodo matrimonio.....		44
El amor en los tiempos de los 140 caracteres.....		46
El contrato: juro amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe cambie de opinión.....		49
Soy tuy@... eres mí@.....		56
Lo Infiel: yo, tu, nosotros... y ellos.....		60
Vivir en dos.....		65
Desear otros cuerpos.....		69
El castigo compartido.....		72
Lo Infiel como momentos.....		75
Relaciones independientes.....		79

CAPÍTULO IV

Conclusiones

El pretexto 83

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 91

RESUMEN

“Lo Infiel: Diálogos sobre la construcción de la Infidelidad”

por

Christian Israel Lizama Valladares

La presente investigación es el resultado de una charla intencional, un diálogo entre cuatro personas que buscaron compartir sus experiencias con la intención de hablar con ellas, analizarlas, “preguntarle” a algunos teóricos sus opiniones al respecto y generar nuevas reflexiones durante el proceso.

Este documento reúne las ideas surgidas durante este viaje dialógico que inició con la realización de un grupo de discusión, cuyo contenido fue transcrito y publicado en línea para que las personas que participamos en él pudiéramos nuevamente comentar nuestras propias ideas y así generar nuevos conocimientos a medida que reflexionábamos y engrosábamos los discursos que sostenían la charla.

Así, en estas páginas encontrarás cómo mis coinvestigadoras y yo exponemos nuestras experiencias al ser infieles y reflexionamos sobre ellas paseándonos por los supuestos que sostienen a las relaciones de pareja y repensando nuestras propias vivencias y motivaciones, aventurándonos al final, a cuestionar algunas de las ideas que apuntalan el entendimiento de la infidelidad.

Es este pues un intento de fotografía del camino andado que pretende evocar nuevos pensamientos, ideas y reflexiones al ser mirado por ti que has abierto este trabajo.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo de tesis no habría sido posible sin la participación, apoyo y compañía de Romina, Hamari y Mónica, mis amigas, coescritoras y compañeras de viaje. A las tres va un profundo reconocimiento por sus ideas, entusiasmo y compromiso para este proyecto y por voluntaria e involuntariamente ayudar en mi proceso de autodescubrimiento.

A mis madres, Yaya y Pato. Mis raíces, las primeras palabras de cada uno de los párrafos de mi vida. A ambas agradezco el tenerme, crecerme y ser el pretexto de mis continuos aprendizajes y retos. Gracias mamás por siempre apoyarme en mis proyectos, estar a mi lado y nunca soltarme.

A Marissa, mi compañera, mi cómplice y feliz conversadora. Una vida no daría para agradecerle todo el camino andado, todo el incondicional apoyo y la extrema honestidad con la que nuestra relación se ha mantenido por más de diez años. Es gracias a ella que estas páginas fueron escritas, y es a través de sus palabras que he definido quién soy en los últimos años: un gato, un campeón. Gracias, Kowka.

A Kanankil por todo lo que nos conocemos, por todo lo que me han dado, por sus enseñanzas, su crítica, su gente e ideas. Por cambiar mi vida en la relación, por darme el gusto de cambiar de opinión y vivir en el viaje y no en la meta. Paco, Dora, Rocío, Papusa, Jaime: ¡mil gracias!

A Fernanda Nudel del Valle, Román Ortiz Ponce, Mario Bacelis Centeno, María José Quintal Ávila, Ricardo Pérez Ruiz, Circe Gómez Victoria, Mariel Lugo Cabrera, Yamile Dzul Uhh, y Josele Álvarez del Castillo Fuente por acompañarme en este proceso de construcción e incertidumbre; a Jessica Villanueva Peniche y a mis compañeros de viaje en la maestría por todo lo vivido, a Ana Novelo Arcila por revisar mi ortografía, y a los “Mugrosos” por ser espejos y mis hermanos por siempre.

Por último, no los olvido, Sawyer, Poncho, Panda, Emilia, Nenis, Dante, Goyo y Dori, gracias por permitirme hacerlos felices.

CAPÍTULO I

La Cesta

Introducción

Aquí quiero describir significados y hablar sobre mi experiencia al ser infiel. En este documento expongo una suerte de análisis personal, de psicoterapia autoimpuesta, cuyo producto pretende ser generado, analizado y revisado desde las voces que se dicen a sí mismas infieles, esas que alzan la mano al pasar lista y preguntar por los que han experimentado el ser infiel.

El interés por *Lo Infiel*, término que usaré para nombrar a la experiencia del ser infiel, surgió de lo que me imagino como una gran cesta en donde he ido metiendo todas aquellas ideas, preguntas y reflexiones que recojo cuales frutos de los árboles cercanos durante mi camino académico y personal.

Inicialmente, en esta cesta puse los frutos que representan mis relaciones y mis ideas sobre la vida en pareja: historias familiares, experiencias de amigos e ideas sobre la *pareja* construidas desde mi contexto histórico, político, económico y social. Esto es, mi vida sin pulir por las aulas, mis experiencias de vivir en relación con otros, todos y todas buscando incesantemente entrar en relación, ya en un ejercicio de supervivencia, ya en una práctica egoísta de conquista.

En este rubro identifico a mi madre y aquel rencor de años hacia su padre (mi abuelo) que abandonó a su familia para formar una nueva; también está mi amigo Ricardo Pérez Ruiz y su filosofía (siempre cumplida) de jamás relacionarse con alguna mujer que haya sido pareja de algún amigo suyo, a lo que yo llame la “ética del mujeriego”; y de igual forma, mis relaciones de pareja,

desde María, mi novia de la secundaria con la que duré cuatro meses pero la celé por dos años más, hasta Marissa, mi compañera, mi amiga, con la que comparto mis miedos e inquietudes del vivir en pareja en esta aún corta e incierta adultez.

Son todas estas experiencias personales, a las cuales volveré más adelante, las que enmarcan naturalmente la curiosidad en *Lo Infiel*, eso que en el pasado entendía como una falta hecha por alguien de cuestionable moral y que con el paso de los años y las experiencias he ido matizando y poniendo en perspectiva, reconociéndome como una de esas personas que alzarían la mano al pase de lista de “los infieles”.

De igual manera, y siguiendo el mismo orden de ideas, la cesta de mi interés contendría mis ideas actuales para acercarme a *Lo Infiel*: un fruto posmoderno, cuyas semillas pluralizan a la pareja (convirtiéndola en parejas), la diversifican y liberan de los discursos evolucionistas y románticos que la mantiene vigente y casi inmutable desde los inicios del siglo pasado. Es éste, el posmoderno, un enfoque de pensamiento que me permite inmiscuirme profesional y personalmente como parte del proceso y del producto mismo de la investigación. Desde aquí me interesa la inclusión de esas voces acalladas que viven con el papel (casi avalado científicamente) de villano o insatisfecho en la discusión de la infidelidad, una discusión que, generalmente, terminan perdiendo (Camacho, 2004).

Por último, mi cesta imaginaria contiene los frutos generados de mi trabajo y de las historias de infidelidad compartidas por mis clientes en la sala

de consultas. Las historias de Susana y Joaquín¹, y las compartidas en consulta por Gabriela, motivaron aún más mis ideas y deseos de saber más al respecto, de acomodar mis propias reflexiones y generar nuevas sinapsis entre mi entendimiento y *Lo Infiel*.

Estos tres frutos en la cesta dieron forma a un interés mundano, muy cercano a lo que yo llamo curiosidad. El cómo brinqué de esta simple curiosidad, al acto de escribir de manera formal, investigar y formar un cuerpo de conocimientos propios sobre el tema, me es más sencillo explicarlo, regresando precisamente a esos *tres momentos*: primeramente lo relativo a mis experiencias como terapeuta, después lo relacionado con las ideas académicas sobre la diversidad, y por último, lo relacionado directamente con mi vida personal.

Primer momento: Interés como terapeuta.

La terapia es tradicionalmente entendida como la intervención profesional para el tratamiento de la psicopatología, en donde el terapeuta se esfuerza, mediante el diálogo, de llevar a la conciencia del sujeto elementos inconscientes o de lograr un entendimiento que asegure la desaparición de los síntomas (Virel, 2008). Así, la psicoterapia es tradicionalmente definida como un medio por el cual el especialista logra, a través de una conversación, ideas novedosas y momentos de “darse cuenta” que permiten al paciente resolver la patología o su situación de vida y en donde la relación terapéutica tiene un solo “carril”: del especialista al paciente.

¹ Por confidencialidad, todos los nombres fueron cambiados pidiéndoles a los clientes su autorización para ser usadas sus historias en el presente trabajo.

Yo, en cambio, parto de una postura colaborativa de la terapia, en donde la consulta psicológica no tiene un solo sentido, por el contrario, es un proceso de dos vías, una calle de doble sentido en el que el terapeuta y el cliente se retroalimentan mutuamente. El interés, claro, está centrado en el proceso del cliente, en las reflexiones y transformaciones de éste sobre la situación de vida que le trajo a la terapia, sin embargo, desde una postura colaborativa, la relación terapéutica genera ideas y preguntas al mismo terapeuta sobre su propio proceso de vida (Ayora Talavera, Chaveste Gutiérrez y Vadillo Atoche, 2011).

Así, desde mi postura, el terapeuta crea un espacio de charla y facilita un proceso de conversaciones dialógicas y relaciones de colaboración que involucran al cliente y al terapeuta en un ejercicio de transformación mutua (Anderson, 2003b).

La formalización de este documento mucho tuvo que ver con el trabajo realizado con un par de clientas que acudieron a mí para consulta psicológica entre abril del 2009 y noviembre del 2010. Durante el proceso terapéutico, ambas clientas compartieron conmigo muchas preguntas, reflexiones e historias sobre su situación de vida, las cuales muchas veces me hacía yo mismo sobre mi propia vida y mis propias relaciones de pareja. Sus reflexiones me invitaron a pensar sobre los soportes que apuntalan mis propias creencias y acciones e interesarme en el proceso de construcción de lo que para mí significa el ser infiel.

La primera de ellas, a la que llamaré Susana, nos contactó² por complicaciones encontradas en la crianza de su hijo: manejo de límites, dudas sobre cómo abordar con él temas relativos al sexo, etcétera. Conforme las sesiones se desarrollaron, las charlas se fueron alejando de su pequeño y acercándose más a sus relaciones de pareja; Susana me compartió que tenía unos meses sosteniendo una relación fuera de su matrimonio, la cual la hacía muy feliz pero la ponía en una situación de intensa culpa, principalmente porque la persona con la que compartía la relación extramatrimonial era el hermano de su esposo.

El proceso de Susana tuvo muchos encuentros y desencuentros consigo misma. En muchas ocasiones llegaba sintiéndose muy bien por la relación que mantenía con su cuñado, feliz por su trato y decidida a continuar con él pasara lo que pasara. En otras sesiones se presentaba al consultorio decidida a terminar la relación, retomar su matrimonio y esforzarse para que todo marchara por el bien de su hijo y de ella misma.

El punto más complicado de nuestro tiempo en conversación se dio cuando Susana quedó embarazada de su cuñado. Durante un par de sesiones conversamos sobre sus posibilidades para afrontarlo, sobre si debía darlo a conocer y sobre la posibilidad de tener al bebé o interrumpir el embarazo. Después de un par de sesiones decidió informarle a su esposo, admitiendo la relación con su cuñado. La siguiente sesión la pareja asistió a la terapia. Su esposo, a quien llamaré Joaquín, comentó que estaba tranquilo con la noticia, que el estar en esa posición le hacía descubrir cuánto amaba a su esposa ya

²Durante las primeras sesiones de las prácticas de la maestría en psicoterapia, el trabajo de atención psicológica, lo realicé en coordinación con mi colega y amiga, la psicóloga Jessica Viillanueva Peniche, unos meses después, continuamos por separado.

que en ningún momento pensó en dejarla y quería hacer funcionar a su familia y “dar el 110%” para recuperar a su mujer. Decidió seguir con ella y tomar al bebé, educarle y crecerle como suyo, con la única “condición” de que Susana terminara la relación con su hermano.

Después de un mes de embarazo, Susana perdió al bebé. Fue un aborto espontáneo, sin embargo, ella regresó a consulta hablando de lo culpable que se sentía por haber deseado tanto ese aborto. Consideraba que había “pensado demasiadas veces” en que sería mejor si el bebé no nacía, ya que sentía que en algún momento, el niño sufriría por su ascendencia o Joaquín lo usaría para tener todo el poder en la relación (ya que le había “hecho el favor de quedarse a su lado y no dejarla”).

La historia de Susana llegó a mí en un momento en el que las ideas de lo “alternativo” se erigían como lo “adecuado”. En ese momento, no era difícil para mí ver lo alternativo (tribus urbanas, relaciones extraconyugales, estilos de vida poco convencionales) como algo que debería ser valorado al extremo, dejando de repente a un lado el discurso tradicional y el enorme peso que éste puede tener para mí, generándome culpas, remordimientos y estrés. Así, favorecía el discurso alternativo al grado que al escuchar el relato de Susana, una de mis primeras observaciones fue preguntarle cómo es que era tan grave el estar en esa relación, cómo se había creado esa idea y qué cosas decía sobre ella misma el estar en ella. Sus respuestas me dejaron claro que me había apartado mucho de lo “familiar” y que muchas veces mi estilo de vida y mi manera de pensar le quitaba peso a lo que las personas en ocasiones valoran como lo importante: la familia, la monogamia, el matrimonio, la reputación. Estas ideas me dejaron claro que no es lo mismo ser infiel (como

veremos en el análisis de los diálogos más adelante) a “vivir en dos” y que la manera en la que Susana describía su vida en ese momento era peor que la de una simple “traición” del contrato del matrimonio, ya que el hecho de sostener una relación con su cuñado, le daba una connotación superior: era un pecado. No quiero decir con esto que no comprendiera (o intentara hacerlo) el dolor y la posición de Susana o que minimizara su situación. En ningún momento pensé “está exagerando”, era más un sentimiento de que el agua regresaría a su cauce y que sólo era cuestión de tiempo para que esto sucediera, que el problema se diluyera por sí mismo. Nada más apartado de la realidad. El tiempo fue un factor, cierto, pero Susana luchó (y aún lo hace) todos los días para regresar a su vida después de su aborto espontáneo “como si no hubiera pasado nada”, porque de hecho sí pasó, pero el apoyo incondicional de su esposo y un nuevo embarazo dentro de su matrimonio, permitió (en sus palabras) que reestructurara su vida, que la encaminara hacia un lugar que le refleja una imagen mucho más coherente con lo que ella quería para sí misma, una definición de su persona que le agradaba y con la que se sentía más cómoda.

Tuve la oportunidad de hablar con la pareja sobre las implicaciones de seguir juntos después de que la relación extramatrimonial de Susana concluyera. Principalmente, a ambos les preocupaba la convivencia con el hermano de Joaquín, el manejo de los celos y la opinión de la familia. Otro “sacudón” en este caso fue la posición de Joaquín. En una sociedad como la nuestra que parece valorar tanto la “hombría”, su reacción me sorprendió. Joaquín definía lo sucedido como una “doble traición” ya que por un lado su esposa había roto el contrato matrimonial y por el otro su hermano había roto

los acuerdos implícitos de ser hermanos. ¿Qué cosas eran tan fuertes que podía dejar pasar esa doble traición para seguir con su matrimonio? ¿Qué valor le daba a lo sucedido? ¿Cómo reaccionaría yo ante una situación similar? Sólo la última pregunta pude esbozarle una respuesta. Es muy probable que no hubiera podido hacer lo mismo. ¿No que muy alternativo? Me pregunté.

Susana y Joaquín fueron un parte aguas para esta tesis. Las constantes preguntas que me hice sobre mi vida personal al escuchar su historia, motivaron mi interés y le dieron un “estudio de caso” a mi investigación. Una de las primeras cosas que quise hacer cuando empecé a acomodar mis ideas para la realización de este trabajo fue incluir a esta pareja. Les invité a participar en la tesis pero optaron por no ser parte de ella, “las cosas van bien ahora, no queremos remover nuevamente los recuerdos” me dijo Susana al teléfono.

Mientras aún tenía mis últimas sesiones con Susana y Joaquín, me visitó por primera vez Gabriela. Ella había dado con mi número recomendada por un matrimonio que era parte del trabajo realizado para la asignatura de *supervisión* en la Maestría en Psicoterapia.

Gabriela llegó preguntándome cómo podía volver a confiar en su esposo. Le había descubierto siéndole infiel con una clienta del negocio que ambos habían establecido desde que se casaron. Su esposo le dijo que esa relación había sido un error y le aseguró que ésta había terminado. Gabriela quería continuar con él, pero le costaba mucho trabajo volver a confiar. Cada vez que su esposo salía a realizar diligencias del negocio, ella temía que

estuviera con otra, le revisaba su celular o veía continuamente el reloj para verificar que llegara a tiempo de un lugar a otro.

Fue en la tercera o cuarta sesión, mientras hablábamos de cómo ella definía el ser infiel, cuando hizo un comentario, para mí, sorprendente. Me dijo que lo que más le había dolido era que él hubiera permitido que ella se enterara. Que hubiera sido tan descuidado para que lo “cachara”, ya que ella había sostenido una relación “extramatrimonial” desde antes que ella y su esposo se casaran y jamás le había permitido ni siquiera sospechar algo. Por otro lado, en aquel tiempo, también tenía una tercera relación, la cual aunque era más esporádica, también influía a la hora de explicar el cuidado que ella había tenido para no lastimar a su esposo. Él no había tenido cuidado y era lo que la lastimaba, había roto la duda que “todas las parejas tienen” y la había vuelto certeza: a Gabriela le “ponían el cuerno”.

Para mí, el filtrar esta nueva imagen de Gabriela a través de la imagen de su primera visita fue un tanto desconcertante. Me pregunté en varias ocasiones cómo podía quejarse de que le hubieran sido infiel, si ella lo había hecho durante tantos años. No podía quedarme con esa idea rondándome en la cabeza e interfiriendo con mis ideas sobre ella, decidí hacerla partícipe de mis pensamientos y le hice la pregunta directamente. Su respuesta fue muy interesante: me habló de la manera en la que ella veía sus relaciones; la primera de ellas (la más antigua) era lo que probablemente Milan Kundera (2002) llamaría una amistad erótica, dos novios de preparatoria que nunca supieron decirse adiós y que al casarse ambos con sus respectivas parejas decidieron continuar con el noviazgo que tan bien les hacía sentir; la segunda relación era antojo, un antojo total y llanamente sexual, al principio esta

relación la había hecho sentir culpable, pero con el paso de los encuentros, descubrió que había mucho de ella misma que le faltaba por explorar y quería hacerlo. Nuevamente, la diferencia más grande con su esposo era que él no tuvo el cuidado de no lastimarla, que no tomó las precauciones necesarias para que ella no se enterara. La había decepcionado.

Gabriela avanzó en su proceso terapéutico hacia lugares increíbles. Desarrolló, según sus palabras, cierta “pena” por lo que le ocurrió a su esposo, viéndole como falta de habilidad para ser infiel y decidiendo que quería mantenerse a su lado ya que seguro se había dado cuenta que ella averiguaría cualquier aventura que él tuviera.

El caso de Gabriela fue el empujón definitivo a mi interés por el tema. Su historia me permitió redoblar el concepto de *Lo Infiel* de una forma en la que no la había considerado con anterioridad: el ser infiel no era marcado como algo negativo, de hecho el acto parecía esperado y justificado por la misma Gabriela, era el estar en una posición de “engañada” lo que la llevó a terapia. El engaño, que parecería inherente a la infidelidad, era lo que Gabriela hubiera deseado para no sentirse decepcionada y defraudada; y era el descubrir el *affair* de su esposo, y no el acto en sí, lo que la había llevado a terapia.

Obviamente, al igual que con Susana y Joaquín, la invité a la investigación. Gabriela aceptó, sin embargo, como describiré más adelante, no llegó a la cita para la conversación grupal que dio inicio a esta investigación y a pesar de que busqué formas para incluirla después, las opciones eran poco prácticas y poco respetuosas para las personas que sí acudieron a aquel primer encuentro.

Segundo momento: Ideas sobre la diversidad.

El pensamiento posmoderno es un acto de crítica (Anderson en Tarragona Saenz, 1999). Esta es una idea inicial que me incita a conversar sobre ella y que me genera en sí muchísimas reflexiones relacionadas no sólo con lo que critico sino conmigo mismo y mi postura crítica. Para mí, la idea principal surgida de ello es lo que llamo *la crítica como generadora de posibilidades*: al momento de criticar algo lo enmarco en un sistema comparativo en el cual lo pongo a la par con otro algo hipotético que carece de las cualidades criticables de ese algo inicial. Pondré un ejemplo, al momento de decir que cierto tipo de psicoterapia le otorga un poder exagerado al terapeuta como experto, automáticamente estoy generando la posibilidad de la existencia de una psicoterapia que no tenga esta característica. Al ser crítico automáticamente creo (por lo menos de forma teórica o posibilidad) un algo excluido de la crítica. Es decir, el acto de crítica genera en sí mismo posibilidades, diferencias, diversidad.

Lo anterior, siguiendo con el ejemplo de la psicoterapia, parecería tener alcances inimaginables y también peligrosos que conllevan la inclusión de todas las posibles formas de psicoterapia que no comparten las características criticables del modelo psicoterapéutico que dio origen a nuestra crítica; inimaginable porque permite a las otras psicoterapias existir y peligroso por la facilidad de llamar psicoterapia a todo.

Así, mi crítica incluye la idea de que la infidelidad, visto desde las perspectivas tradicionales, parecería estar circunscrita a un marco moral en donde la pareja se encuentra en medio de lo bueno y lo malo y en donde lo relacional se explica en absolutos del tipo confianza-desconfianza, correcto-

incorrecto, adecuado-inadecuado y en donde los acuerdos, explícitos e implícitos muchas veces parecerían ser estáticos, universales e irrevisables.

Las conversaciones incluidas en esta tesis parecen desafiar estas dicotomías. Usan la mirada del que es infiel para describir una experiencia que parecería tener como piedra angular la decisión por encima de los conflictos morales y parecería cuestionar en varios puntos la utilidad científica de mirar la infidelidad como algo que desestabiliza por sí misma la pareja, creando la posibilidad de mirarla como una de las tantas manifestaciones del relacionarse con uno mismo y nuestro entorno.

Tercer momento: Mi propia vida.

En mi opinión, es en la propia vida en donde las teorías tienen sentido y donde el estudio de los fenómenos encuentran su razón de ser estudiados. La importancia de escribir estas líneas se da en un ejercicio de congruencia con la postura posmoderna y de aceptación de las múltiples dudas que su redacción implican: dudas que van desde las relacionadas con la posible justificación de mis acciones, el sacudirme las culpas o acomodar posibles disonancias cognitivas, hasta las que pretenden la generación de un marco teórico más incluyente, versátil y adecuado para el trabajo psicoterapéutico con personas, parejas y familias relacionadas con la infidelidad.

Así, las preguntas saltan a mi rostro como unos resortes: ¿Qué significa para mí ser infiel mientras escribo estas líneas? ¿De dónde parto para realizar la presente investigación? Las respuestas se me antojan sencillas: *Lo Infiel* es parte de mí, forma parte de mi historia, la de mi familia y la forma en la que veo el relacionarse con los otros, en donde convergen diferentes maneras de estar

y en donde, como menciona Manrique (2001), los elementos conyugales y extraconyugales son interdependientes, indeliberados y necesarios para las relaciones de pareja.

Soy hijo único, de madre soltera, criado por mi madre y mi abuela materna. Nací en una familia meridana que toda su historia vivió en el centro de la ciudad, específicamente por el rumbo del barrio de San Cristóbal. Algunos años antes de que yo naciera, mi abuelo se separó de mi abuela (después de haber sostenido una relación extramatrimonial) para unirse a un segundo matrimonio y formar una nueva familia con sus propias reglas, costumbres, memorias y emociones totalmente ajenas a su primer matrimonio. Por esta razón mi madre, mujer de un orgullo duro como piedra, se enojó con mi abuelo dejándole de hablar durante más de veinte años. Yo nací durante aquel periodo de distanciamiento entre ellos y pasé mis primeros años de vida generando mi incipiente concepto de “padre-abuelo-ausente”. El abuelo se había ido para estar con la abuela de otros y así mis primeras ideas sobre el relacionarse con otras personas fuera de la institución familiar eran de traición, de separación, de mal funcionamiento, de ruptura y dolor.

Lo interesante de todo esto es que no me hicieron falta ni mi padre, ni mi abuelo. Más aún cuando de hecho, durante toda mi infancia, sí veía a un hombre que mi abuela quería y que había hecho olvidar al que mi madre no hablaba. Era un abuelo sustituto extraño que visitaba a mi abuela solamente a la hora de la comida, no dormía en la casa y era raro verle los domingos o en las navidades y fiestas familiares. Fue hasta una cierta edad que entendí que este abuelo tenía otra familia, una esposa en cuya casa sí dormía, unos hijos y unos nietos a cuyas fiestas sí asistía.

Sin embargo, este abuelo sí fue abuelo. Siempre pendiente, siempre atento y preocupado por las finanzas y el mantenimiento de la casa, por los recibos, por la lectura del medidor de la corriente eléctrica, por mi madre y sobretodo por mi abuela, a la que le demostró cariño hasta el día de su última visita un poco antes de su muerte. Jamás olvidaré lo que sucedió al morir mi abuelo: mi madre y yo, de aproximadamente quince años, fuimos al velorio a mostrar nuestras condolencias. Algunas personas nos miraron extrañados, quizá preguntándose quiénes éramos y de dónde conocíamos a mi abuelo. Después de un rato, en los que nos camuflajeamos entre las coronas y los rezos, nos retiramos airoso del lugar. Para mi abuela no fue tan manejable. Decidió no asistir al servicio, pero hizo algo que bien pudo ser sacado de alguna de las novelas de Gabriel García Márquez: en una de las esquinas por donde el cortejo fúnebre pasaría de camino al cementerio, mi abuela esperó durante horas para mirar sólo por unos minutos la carroza pasar. Esa fue su despedida. Algún tiempo después, mientras nos contaba cómo se despidió de mi abuelo, mi abuela dijo la frase que hizo que jamás olvide esta historia: “Ese es el precio que tenemos que pagar las amantes”.

En la adolescencia conocí al que hasta la fecha es mi mejor amigo: Ricardo Pérez. Un tipo auténtico y deliciosamente neurótico, un mujeriego que se sonroja de serlo, un caballero cínico y amigo leal hasta lo absurdo. Lo menciono aquí porque su retorcida ética marcó mis mayores culpas, rencores e incongruencias al pararme frente a *Lo Infiel*. Ricardo decía (y cumplía) que jamás andaría con una chica que hubiera andado con algún amigo suyo. Al admirarle y quererle tanto, lo mínimo que podía intentar era hacerlo de la

misma forma, pero a diferencia de él yo no sabía manejar mis deseos y urgencias.

¿Se puede ser infiel a un amigo? Le pregunté en algún momento, a lo que me respondió: “el de la ética soy yo, no tú”.

Y fue así que empezó a ser habitual ser el de los cuernos. Primero luciéndolos, luego repartiéndolos. Lo cierto es que en ambos casos mis motivos eran mucho menos loables de los que mi abuela o mi abuelo biológico tuvieron para lucirlos o repartirlos: para mí es el deseo de cuerpos diferentes a los de mi pareja lo que me puede llevar a romper acuerdos, ese mismo deseo que ha tenido que incluirse en la ecuación de mi vida adulta en pareja para poder cumplir con sus demandas y ese mismo deseo que creaba invariablemente una secuencia de placer-culpa-arrepentimiento. Sí, he sido infiel, he roto acuerdos implícitos y explícitos en mis relaciones de pareja, incluyendo o no a terceras personas y es en este punto, y sin pretender normalizarlo, en donde me pregunto si no es algo inmediato o natural en las relaciones de pareja.

Para Manrique (2001), el establecimiento de la relación de pareja incluye, por defecto, el establecimiento de las relaciones extras de las parejas (a las que llama extraconyugales), relaciones que influyen, modifican, alteran y direccionan lo que la pareja vive. Manrique no entiende el establecimiento de estas relaciones extras de la pareja como algo previsible, controlable o como resultado de un mal funcionamiento, sino como algo que viene incluido en el establecimiento de la relación de pareja de manera automática.

Susana, Joaquín, Gabriela, Ricardo, mi abuelo, mi madre, mi abuela y mi vida en parejas(s). Todas estas historias me hacen pensar en que, por lo

menos en mi entorno, las relaciones extraconyugales son frecuentes, parecen ser válidas como dadoras de amor, placer o compañía (todo junto o por separado) y ayudan a que en este momento, después de mucho pensar, esté escribiendo estas líneas.

Así, este trabajo pretende, como mencioné más arriba, rescatar los aspectos relacionales y subjetivos de quienes, como yo, se relacionan e identifican con *Lo Infiel* y alzan la mano al pase de lista de los infieles. Hablo pues de relaciones, motivos, placer, experiencias, confianzas, culpas, acuerdos, pareja, sexo y demás... todo un viaje, uno que seguimos haciendo, todos los días, aquellas y aquel que pertenecemos a lo que alguna vez Hamari llamó “el club de los infieles”.

Descripción del documento.

En este primer capítulo, como has podido leer, hago una introducción a mis intenciones, motivos y el contenido general del presente trabajo de investigación. En el capítulo dos realizo una breve explicación de la metodología utilizada para la revisión y análisis de los datos, presento a Mónica, Hamari y Romina, mis coinvestigadoras, y describo la manera en la cual todas ellas aceptaron acompañarme para realizar la conversación inicial y la planeación e implementación del trabajo en línea que permitió el diálogo sobre el diálogo. En el tercer capítulo pretendo rescatar lo que dijimos, lo que dijimos de lo que dijimos y lo que la teoría podría pensar sobre estos mismos diálogos. ¿La intención? un entramado de voces que sea proceso y producto en sí mismo y que me permita, en el capítulo cuatro, desarrollar algunas

suertes de “conclusiones” que (paradójicamente) permitan continuar contigo la conversación generadora de significados, de ideas, de posibilidades.

CAPÍTULO II

En Charla con las Charlas

Metodología

¿Cuál es el mundo al que quiero acercarme? ¿Qué características tiene este mundo en donde las relaciones, las relaciones de pareja y, más específicamente, las relaciones de infidelidad se desarrollan? Parecería que estas preguntas tienen respuestas sencillas, el mundo es uno, y sin embargo, me acerco y relaciono con él dependiendo del ángulo desde el que lo miro.

El presente capítulo lo usaré para platicarte la forma en la que decidí acercarme la experiencia del ser infiel: el ángulo desde el que decido mirarla. Para ello, a lo largo del capítulo, expongo las ideas que guiaron el trabajo, indico las razones para usar un método de análisis y descartar otros, describo el proceso de recolección de datos, y presento a aquellas personas que me acompañaron en el desarrollo metodológico de esta investigación.

Describiendo, no cuantificando.

Para mí es importante iniciar indicando que este trabajo, más allá de mis pretensiones, es una investigación científica en Psicología. Para ahondar en ello me gustaría platicarte un poco sobre mi relación con la ciencia y cómo ésta enmarca el camino que decidí tomar para este proyecto.

Cuando pienso en la *Psicología*, lo primero que me viene a la cabeza es que es una *ciencia* que cumple con todo lo necesario para serlo. Esta idea, de la Psicología como ciencia, es con la que la Facultad de Psicología de la UADY

me recibió en el año 2000 y con la que me bombardeó sin cesar durante los cinco años que estudié en sus aulas. Desde ahí, la ciencia psicológica es entendida mayormente a partir del *positivismo*, es decir, el entendimiento de que el único conocimiento válido es el científico-comprobable, el que busca la verdad única y generalizable que puede ser alcanzada exclusivamente a través del método científico.

La verdad única, generalizable y verificable se convierte en el supuesto científico por excelencia, provocando que habitualmente, los trabajos académicos y de titulación exijan estar alineados a esta idea de ciencia y de conocimiento. Debido en parte a que, en la mayoría de las ocasiones, resulta una forma muy confiable de describir ciertas variables de la realidad de una manera sencilla, cuantificable, susceptible a realizar operaciones matemáticas con ellas e inferir resultados en términos de probabilidades, proporciones, razones y porcentajes.

En resumen, el mundo que el *positivismo* estudia es un mundo quieto e inmutable de verdades únicas y generalizables, y sus estudios son a menudo realizados a través de *métodos cuantitativos de investigación* que buscan establecer relaciones de causas y efectos entre los fenómenos estáticos a través de métodos matemáticos/estadísticos (Hernández Sampieri y Fernández Collado, 2003). La investigación cuantitativa invita a asirse fuertemente a los números e interpretaciones que se hacen de los mismos arrojando muchas veces un conocimiento duro, invariable y concluyente, muy congruente con el acercamiento positivista del conocimiento válido y generalizable interesado en realidades universales e inamovibles.

El problema aquí es que muchos fenómenos sociales, como el que le interesa este trabajo, no son universales ni inamovibles. No. Muchos fenómenos sociales suceden en un mundo cambiante de constantes revoluciones, de economías volátiles, de modas pasajeras, de posturas políticas, de intereses grupales: un mundo posmoderno. Es desde este ángulo que decido mirar el mundo en dónde *Lo Infidel* sucede y escribir sobre ello.

Así, para tener un intercambio de ideas que me deje satisfecho, necesito moverme del mundo del conocimiento válido y generalizable al de *los conocimientos* en plural, en donde pueda incluir las diferentes y cambiantes realidades de las que las personas hablamos cuando compartimos nuestras experiencias. Necesito acercarme a un mundo dinámico de realidades cambiantes.

La investigación cualitativa parece adecuada para estos fines ya que se basa en métodos de recolección de datos sin medición numérica como las descripciones y las observaciones cuyo propósito consiste en reconstruir la realidad tal y como la observan los actores del sistema social previamente definido (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2003).

En este mismo tenor, Álvarez-GayouJurgenson (2003) menciona que la metodología cualitativa “busca la subjetividad y explicar y *comprender las interacciones y los significados subjetivos* individuales o grupales” permitiéndonos, a mi parecer, hablar desde nosotros mismos e ir tomando las experiencias y narraciones como piezas de un gran juego de lego que dará paso, a través de nuestras interacciones, a juegos que sólo son posibles con

estos elementos teóricos, con nuestras historias e interpretaciones en un contexto y momentos específicos.

Desde esta posición, la investigación me permite incluir mi voz, mis interpretaciones, mi propio proceso, cosa que probablemente desde el marco metodológico cuantitativo no sería posible.

Este tipo de investigación me procura la tranquilidad de *hacer una ciencia* que, a diferencia del acercamiento cuantitativo, tome en cuenta al mundo cambiante y algunos elementos que considero muy importantes cuando hablo de lo social, cultural o psicológico, tales como la subjetividad de las personas participantes (su experiencia), el contexto y los significados.

Para completar lo anterior, el usar la metodología cualitativa responde también a un acto de congruencia, ya que el acercamiento posmoderno (por lo menos el mío) invita a incluir elementos que permitan la exposición de las “singularidades” y un acercamiento al conocimiento generado por la cotidianidad y los significados que las personas damos a nuestras vidas y los elementos que la conforman y, siendo éste mi interés (la inclusión), es la metodología cualitativa la que se adapta a esta necesidad de registrar nuestra subjetividad, acciones, cambios y experiencias ante el fenómeno de la infidelidad (Banister, Burman, Parker, Taylor y Tindall, 2004).

De esta manera, esta metodología me lleva, por ejemplo, a considerar a las mujeres que me acompañaron en la realización de este proyecto como mis coinvestigadoras, lo cual les da la cualidad de acción que sus historias contienen. Ellas no solamente participaron en el proyecto, también le dieron forma, lo modificaron, retroalimentaron y al final, lo coescribieron.

Dialogismo—el diálogo como método-

Relaciones. Desde el enfoque colaborativo-posmoderno de la terapia, la idea de relación se encuentra en el centro del consultorio en todo momento (Anderson, 1997). La manera en la cual se relacionan los clientes y el terapeuta está basada en los tipos de conversaciones que se realizan entre ambas partes. Así en el proceso conversacional, los participantes del proceso buscan relacionarse de maneras útiles, no solamente entre sí, sino también con las situaciones de vida que los puso en el consultorio, con sus historias, con las personas que los rodean, con sus familias y lo que considero más importante para los fines de este proyecto, con los diálogos.

El diálogo es la principal herramienta del presente proyecto. Implica el proceso reflexivo y entrelazado de escuchar, oír y hablar (Anderson, 2003a), es proceso y resultado al mismo tiempo, y las relaciones surgidas de él se ven enmarcadas en un entramado de diálogos y respuestas a los mismos, es decir, en relación con ellos. John Shotter (2000) postula que vivimos dentro de un flujo incesante de discursos entrelazados unos con otros, el cual se sostiene de esa forma (incesante), gracias a las respuestas espontáneas que tenemos sobre dicho flujo. Estas respuestas se dan desde el primer momento en que escuchamos, leemos y/o estamos en contacto con alguien o algo que trate de expresar algo. Respondemos espontánea y automáticamente a ello y esta respuesta espontánea se convierte en estímulo generador de nuevas respuestas espontáneas y discursos, convirtiendo las relaciones en un continuo flujo de respuestas, de discursos. Así, el que escucha no es alguien pasivo ya que desde el momento de escuchar toma (quiera o no) una posición de

respuesta activa hacía el discurso, una respuesta activa que puede generar nuevas ideas y realidades (Bakhtin, en Shotter, 2000).

Estas respuestas espontáneas, este flujo incesante de discursos entrelazados, son un proceso y un producto al mismo tiempo; un medio y un fin en sí. Es decir, si hablamos del *Diálogo como método de investigación*, las respuestas espontáneas en la conversación generan conocimientos, no necesitamos la interpretación o el análisis ulterior de los datos ya que el mismo proceso generará dichos conocimientos dinámicos, los cuales son construidos, una y otra vez, por las personas inmersas en el diálogo (DeFehr, 2008).

Debido principalmente al uso consciente de la idea dialógica, las mujeres que me acompañaron en el proceso de construcción de esta tesis se convirtieron en coautoras de la misma y le otorgan una nueva dimensión al concepto de “coinvestigadora”, ya que sus voces se vean reflejadas en los siguientes capítulos con sus respuestas espontáneas generadoras de conocimientos.

Grupo de Discusión

Las posibilidades al hablar de cualquier tema se hacen infinitas mientras más voces podamos poner sobre la mesa y más experiencias y puntos de vista se incluyan en el proceso de construcción y reflexión (Licea, Paquetin y Selicoff, 2002).

Voces distintas sobre un mismo tema: un diálogo polifónico. En el interés de conocer múltiples significados y puntos de vista de ésta situación de vida, decidí recurrir a las personas que la viven o la vivieron. Decidí que la mejor

forma de “recolectar” las diferentes experiencias era tenernos a todos y todas en un mismo cuarto, permitiéndonos compartir nuestras experiencias desde nosotros.

Así inicié mi investigación a través de un grupo de discusión³ que privilegiara la interacción y prestara su interés en cómo elaboramos gradualmente nuestra realidad y experiencia, incluyendo nuestras creencias, sentimientos y actitudes. El grupo de discusión es semejante al grupo focal estadounidense, con la principal diferencia de que el moderador se encuentra en una situación neutral y la dinámica está mucho más cercana a una conversación que a una entrevista grupal (LlopisGoig, 2003).

Me interesó usar este acercamiento como primer paso en la investigación, ya que éste tiene la característica que Álvarez-GayouJurgenson (2003) postula para los grupos focales, que privilegia el habla al tener como objetivo propiciar la interacción mediante la conversación acerca de un tema u objeto de investigación y cuyo interés consiste en recopilar la forma de pensar, sentir y vivir de los individuos que conforman el grupo. La idea de estar con un grupo de personas que hable sobre sus experiencias permitió “engrosar” y “alimentar” los conceptos e ideas y enriquecer las definiciones que se hicieron a lo largo del proceso (Álvarez-GayouJurgenson, 2003).

Ramón LlopisGoig (2003 pp. 27-28) menciona que el grupo de discusión tiene las siguientes características:

³ Estrictamente, la técnica utilizada para este trabajo es el que Ramón LlopisGoig(2003) denomina “minigrupo de discusión” el cual está formado entre cuatro y seis personas. El grupo de discusión convencional requiere la participación de entre siete a diez personas.

- a) Un grupo de discusión en un espacio de conversación. Las y los participantes hablan, discuten y opinan sobre el tópico propuesto adoptando la forma de una interacción espontánea y grupal.
- b) Los y las miembros del grupo se influyen mutuamente puesto que responden a las ideas y comentarios que surgen de la discusión, beneficiando de esta manera el proceso dialógico buscado en el presente estudio.
- c) Un grupo de discusión es algo que se construye. Es decir, la reunión de personas creará un espacio grupal de conversación.
- d) Un grupo de discusión proporciona información inaccesible con otras técnicas. Esto debido a que la interacción grupal permite la continua retroalimentación de los propios discursos y la inclusión de opiniones distintas a las individuales.

El grupo de discusión fue el primer paso para la investigación. De él se desprendió la materia prima inicial sobre la cual dialogamos. En la siguiente sección describo los pasos andados posteriormente para llevar a cabo la investigación.

Descripción Metodológica

De lo que busco hablar es de la experiencia al ser infiel, y más específicamente, de Mi experiencia siéndolo, constituyendo ésta lo que en la tradición metodológica se le conoce como *pregunta de investigación*. El tener

clara esta pregunta me permitió darme cuenta de la necesidad de que mi propia voz estuviera en la investigación, no sólo como autor, sino también como “dialogador” activo en el proceso ¿Por qué considero importante que mi voz se incluyera en la investigación? Por dos razones: primeramente porque, a mi entender, es imposible no hacerlo. El Principio de Incertidumbre de Heisenberg (en Merle, 2002), menciona que no podemos estudiar nada sin cambiarlo porque cada método, cada herramienta, o cada acción que hagamos para acercarnos al fenómeno que estudiamos lo “tocaría”, lo modificaría, lo reconstruiría. De hecho, esta influencia del que investiga sobre su objeto de estudio se encuentra relacionada con la noción de cibernética de segundo orden de la terapia familiar sistémica en la que el terapeuta familiar se considera un participante más dentro del sistema familiar propenso a ser parte de los procesos que en éste se desarrollen (Limón Arce, 2005). Así, la influencia de aquel que investiga en sus investigaciones posee, a mi juicio, un punto de quiebre en el quehacer científico ya que, como Sheila McNamee y Keneth Gergen (1996) nos mencionan, es en el reconocer esta función de “construcción” del individuo en sus relaciones con el mundo, en donde se encuentra el fundamento para liberar a la ciencia de los elementos mecanicistas y de las intenciones numéricas, para así, tener una ciencia más realista. En segundo lugar, tuve interés en incluirme dada la importancia que el tema de la infidelidad tuvo y tiene para mi vida, mis decisiones y mi proceso como terapeuta y persona. Así, las personas que participamos en la investigación (incluyéndome), escribimos nuestras ideas y pensamientos sobre las conversaciones que fuimos teniendo, lo que sentimos, lo que opinamos y

las cosas que se fueron generando al momento de escuchar y/o leer nuestros comentarios y conversaciones.

El primer paso de la investigación, como mencioné más arriba, consistió en la realización de un único grupo de discusión de hora y media de duración en el cual intercambiamos nuestras ideas y puntos de vista sobre el tema.

En el tiempo que dedicamos al grupo de discusión, se abordaron dos interrogantes que guiaron la conversación. Por un lado, compartir cómo es que nosotros nos definimos como personas infieles, qué cosas han pasado en nuestras vidas y qué decisiones hemos tomado que nos hace definirnos de esta manera. La segunda cuestión que pusimos sobre la mesa, es la pregunta que consideré como mi *pregunta de investigación* ¿cómo ha sido nuestra experiencia al serle infiel a nuestras parejas?

Esta conversación la grabé, la transcribí y la publiqué en línea para ser usada en la segunda parte del estudio. La conversación inicial desarrollada en el grupo de discusión se convirtió en la charla con la que posteriormente dialogaríamos a lo largo de dos meses. Previo a esto determinamos la manera de trabajar y saber si las personas que participamos estábamos dispuestas y comprometidas con el proyecto. Se publicaron quincenalmente fragmentos de la conversación en el grupo de discusión y se subieron al blog en línea en la dirección <http://conversacionesincompletas.blogspot.com> en donde a cada participante se le entregó una clave de acceso y un nombre de usuario⁴ que le permitiría comentar, discernir, reflexionar y/o discutir nuevamente las ideas que

⁴Las coinvestigadoras decidieron de qué forma su nombre estaría presente en la tesis, podía ser con su nombre real o con el nombre de usuario en el blog. Los nombres de usuario fueron elegidos por ellas previamente. Su participación en el blog fue semanal, es decir, entraron una vez por semana (o más si lo deseaban) para revisar y/o comentar el blog.

les provocaran las transcripciones y las reflexiones que tuvimos sobre ellas. Las publicaciones se terminaron a los dos meses y cubrieron toda la conversación dada en el grupo de discusión original. Se puede observar una representación gráfica del proceso en la figura 2.1.

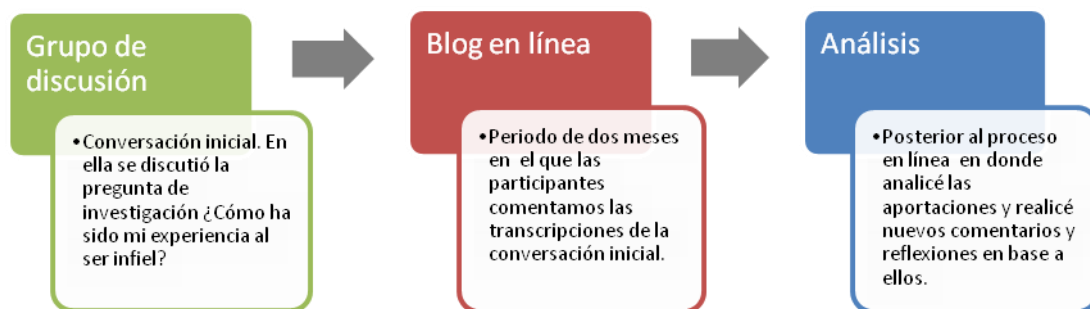


Figura 2.1. Representación gráfica del proceso.

Harlene Anderson (1997) habla de construir significados a través de la conversación y, aunque no todas las conversaciones son “exitosas”, en dicha construcción de significados, cada una de ellas es una oportunidad para que este proceso se dé. En terapia trato de utilizar un lenguaje que nos permita ir fluyendo hacia la construcción de nuevos significados y éstos sólo pueden darse en el marco de las relaciones, no sólo conmigo, sino con las historias, con los diálogos, con los diálogos sobre esos diálogos, con las voces que se incluyen y diversifican las posibilidades y en este caso, con las transcripciones y las reflexiones surgidas de ellas. Nosotros en relación con la infidelidad de pareja.

Coinvestigadoras.

En este apartado te platicaré cómo llegamos a este proyecto las personas que participamos en él. El grupo de discusión inicial estuvo planeado para conformarse por siete personas, dos hombres y cinco mujeres, sin embargo algunos de ellos fueron retirándose del proyecto desde antes de realizarse la conversación grupal.

En el primer capítulo describí las historias de Susana y Gabriela. Ambas historias motivaron el interés original para este trabajo y estuvieron desde el principio contempladas para participar en él. Susana decidió no aceptar la invitación para participar en el proceso debido a que consideraba que esa parte de su vida había quedado a tras; Gabriela, por su parte aceptó, ser parte del trabajo, sin embargo, por razones personales no logró llegar al grupo de discusión y, después del mismo, el incluirla nos pareció muy complicado para el proceso debido al valor que le dimos a la conversación inicial cara a cara.

Al final participamos cuatro personas, tres mujeres y yo, en el grupo de discusión que dio inicio al trabajo. Las cuatro personas teníamos como característica en común que nos definimos como personas que le somos o le fuimos infieles a nuestras parejas sentimentales en alguna ocasión. Entré en contacto con mis tres coinvestigadoras por diferentes circunstancias, algunas por amistad y otras como respuesta a una convocatoria hecha en la red social Facebook. Con ellas conversé previamente sobre los intereses de la investigación y sobre cuestiones como la confidencialidad y el uso de sus historias a lo largo de la tesis.

Considero que la mejor forma de presentarlas es permitiéndoles decidir qué les gustaría que tú como lector supieras de ellas. Para ello, les pedí que escribieran lo que les gustaría que los lectores de esta tesis supieran y cómo habían decidido participar en la investigación.

A continuación, enlisto sus respuestas:

1. *Mónica*. Mi nombre es Mónica, tengo 29 años, soy soltera y vivo con mi madre. En el 2006 me titulé como psicóloga y ahora trabajo en una AC que atiende y previene la violencia contra la mujer. Me interesó participar en esta tesis ya que últimamente, al trabajar los temas de género y violencia, me he visto conflictuada entre mis valores respecto al tema de la fidelidad/infidelidad y las ideas de un amor mucho mas libre. Escuchar otras opiniones y puntos de vista, así como conocer los resultados de esta investigación son, para mí, parte de un crecimiento personal y la construcción de nuevos valores.
2. *Hamari*. Tengo 28 años, felizmente soltera después de pasar la experiencia de un divorcio, sin profesar alguna religión soy creyente de un poder superior. Aprendiz de prácticas de espiritualidad desde la meditación y lecturas. En el aspecto laboral dedicada a la psicología clínica y comunitaria. El trabajo con personas en situación de riesgo suicida y sobrevivientes a suicidios ha influido en gran medida ha cuestionarme sobre los caminos que aprendemos para construir la felicidad. También el trabajo con mujeres en situación de violencia ha influido considerablemente a cuestionar las pautas que

nos enseñan a las mujeres en como vivir nuestra feminidad desde los “roles que se espera que desempeñemos en los distintos ámbitos, sociales, familiares, económicos y como pareja”, llegando a generar ideas que separan muchos supuestos con respecto al amor, a nuestro desarrollo, valor, para encontrar nuevos significados que me permitan establecer mi propia identidad, desarrollo, valor y felicidad.

3. *Romina*. Mi nombre es Romina, tengo 29 años. Critico en otros lo mismo que yo hago. Ha sido un reconocimiento que me ha causado conflicto, contrariedad y enojo. Al recibir la propuesta de este trabajo sentí acusación, y de algún modo, juzgada. Acepté porque me pareció que, ya que soy candidata, también aprendería de mí y de otras personas. Tal vez rompería algo de mi estructura rígida para mirarme y mirar a los demás; sentí deseo de libertad. También temerosa del juicio y con sentimiento de culpa, aunque me encuentre con personas, con las que de algún modo, comparto una característica (que es el objeto de este trabajo).

4. *Christian*. Yo soy el cuarto coinvestigador, soy psicólogo y terapeuta, actualmente tengo 32 años, casado desde hace 5 años. Para mí el interés de trabajar en el tema es lo descrito en el capítulo uno, es decir, lo relacionado con mi trabajo profesional, con mi vida personal y con el filtro de *Lo Infidel* dentro del mundo posmoderno.

No puedo negar el tiempo que ha pasado desde nuestra primera charla en el grupo de discusión. La conversación se realizó en el 2010 y las personas que participamos en aquellas discusiones, de marzo a agosto de ese año, ya sea cara a cara o de manera cibernética, seguramente hemos cambiado. Muchas de las ideas revisadas adquirieron significados empapados de mi actual situación de vida. Quizá, si el trabajo de transcripción, el proceso dialógico en el blog en línea, la reflexión y el análisis de los resultados se hubieran llevado a cabo de manera inmediata, muchas de las ideas que surgieron hubieran sido diferentes, pero, como en un proceso psicoterapéutico, las ideas llegaron en un momento justo, permitiéndome llegar a nuevas preguntas a nuevas formas de hablar de mi mismo en relación a *Lo Infiel*.

CAPÍTULO III

Lo Infiel

Análisis

Relaciones de pareja, amor, deseo, miedo, culpa, compromiso. Estos son algunos de los temas que giraron en las conversaciones hechas alrededor del fenómeno que he llamado *Lo Infiel*. Todas estas charlas se generaron en el grupo de discusión que tuve la oportunidad de llevar a cabo en compañía de Hamari, Mónica y Romina a partir de preguntarnos sobre *nuestra experiencia al ser infieles* y que fueron ampliándose más y más a medida que leíamos y releíamos sobre ellas en el blog en línea y en los comentarios que de éstas lecturas surgían.

A lo largo de este capítulo te comparto las reflexiones surgidas de los diálogos con ellas, con los autores revisados y con mis propios pensamientos, procurando señalar en todo momento el origen de cada una de estas voces y cómo éstas están relacionadas con el tema de estudio y en concordancia con el mapa conceptual presentado a continuación. Al final, pretendo que las voces teóricas, las de las coinvestigadoras y las mías, formen una gran “trenza dialógica”, cuyo cuerpo y estructura expongan las reflexiones surgidas de la misma y sirvan de pretexto para que continúe pensando, hablando y reaccionando a ella.

Mi primer paso en el armado de esta trenza fue distinguir categorías en los temas abordados durante las conversaciones con Romina, Hamari y Mónica que me permitieran aglutinar de una forma práctica los temas que más me

interesaban. Tras la revisión constante de las transcripciones de nuestras charlas, identifiqué cuatro categorías que pensé abarcaban los tópicos que más me interesaban al hablar de nuestra experiencia infiel:

- a) *Lo infiel* (Las experiencia de las relaciones y encuentros con terceros/as),
- b) El amor a dos o más personas,
- c) El deseo del otr@, y
- d) Las consecuencias (satisfacción, culpa, mentira).

Pero, una vez delimité las cuatro categorías, me sentí insatisfecho con los resultados. Noté que la naturaleza de nuestras conversaciones influyó en que las categorías no reflejaran otro tipo de relaciones que no fueran las de infidelidad y que, para mí, hablar de *Lo Infiel* carecía de sentido si partía del fenómeno “suelto”, por lo que requerí hacerlo a la luz del fenómeno que da origen al concepto mismo: las relaciones de pareja.

Así, para el análisis de la información, me di a la tarea de organizar mis ideas a través de un mapa conceptual (Figura 3.1) que incluyera mis cuatro categorías originales, surgidas de las conversaciones, y también a las relaciones de pareja tradicionales, de tal manera que me permitiera ordenar gráficamente los aspectos que consideré más importantes.

De esta forma el mapa conceptual no es únicamente resultado de la categorización de los temas tratados en las conversaciones del grupo de discusión y el blog en línea, también reflejan mi preocupación por incluir las diferentes relaciones que existen en el fenómeno de *Lo Infiel* partiendo de las

ideas de Manrique (2001) sobre *Lo conyugal (la pareja)* y *lo extraconyugal (lo que rodea a la pareja e influye en ella)*.

A continuación, te presento el mapa conceptual resultado del proceso que describo en los párrafos anteriores:

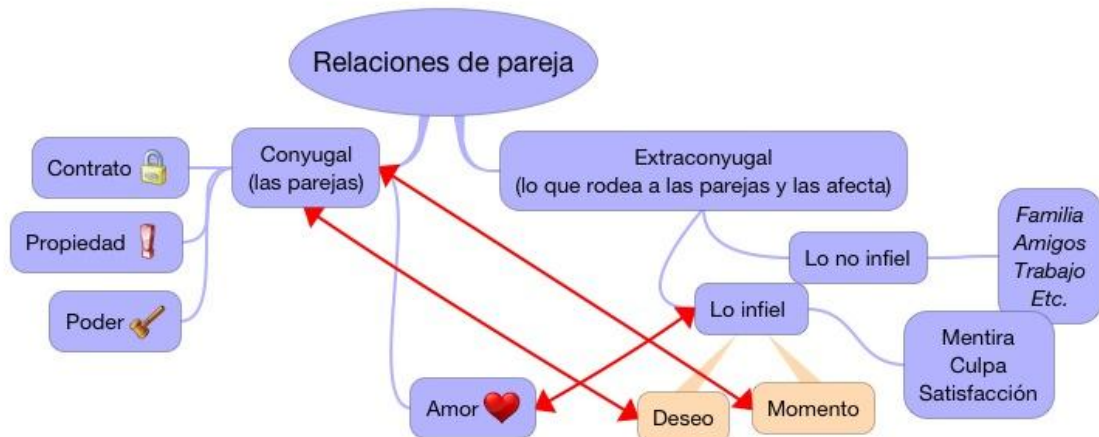


Figura 3.1 Mapa conceptual del trabajo de análisis.

Es importante señalar que esta división entre la pareja y el mundo que la rodea no implica *per se* hablar de infidelidad. *Lo extraconyugal*, como Manrique lo expone, no necesariamente está relacionado con la infidelidad o con *Lo Infiel*, sino que refiere a todo aquello que rodea a la pareja y que puede influir en su estabilidad, continuidad y permanencia. Una de esas tantas manifestaciones de *lo extraconyugal*, a mi entender, es lo relativo a *Lo Infiel*. Más adelante, en su momento, ahondaré es estas ideas.

De esta manera, incluyendo a las parejas tradicionales, pretendo dejar claro que sin éstas, no existiría *Lo Infiel*. Es decir, lo que interesa a este estudio, no podría existir sin la segunda persona que hace posible a la(s) tercera(s).

Las parejas, aquellas personas con quien se hace un acuerdo, explícito o implícito, de convivencia única (sexual y/o emocional) y que delimita lo que es infidelidad y lo que no lo es, es el punto de partida que he elegido para empezar a hablar de *Lo Infiel*.

Las inminentes relaciones.

Pienso que estamos, por naturaleza, orientados a la relación, al contacto, al encuentro, y eso no es una cuestión únicamente emocional y/o romántica, sino que está relacionado con la salud y la preservación; con una tarea evolutiva de permanencia.

La ciencia psicológica expone, desde los inicios de su historia, la importancia de la vinculación afectiva a otro/a u otros/as que motive la sensación de bienestar, de esperanza y acompañamiento en una continua y mutua influencia relacional. La psicología describe las relaciones como parte de la naturaleza humana, como una necesidad, una urgencia a construirnos en base al otro que habla (con la boca, los actos y la existencia) y al cual reaccionamos en un continuo e incesante armado del *Yo*, y más aún, del *Nosotros* (Bauman, 2005; Bucay, 2006). De esta manera, las teorías iniciales de la psicología, de fundamentos psicoanalistas, veían en la búsqueda del placer el inminente primer paso de los seres humanos en el mundo. Dicho placer es provisto por el entorno (generalmente una figura materna) y es en esta relación donde se forma, inicialmente, la personalidad de la o el individuo: el *Yo* (Tallaferro, 2009).

También, las teorías posteriores al psicoanálisis, ponen al ser humano inserto en un entorno rico en estímulos que proveen al mismo, desde diferentes enfoques, del aprendizaje, memoria, confianza, etcétera, necesarios para su óptimo desarrollo (Papalia, WendkosOlds y Feldman, 2009).

Son los otros los que nos proveen de alimento, seguridad, cuidados, lenguajes, ideas y pensamientos. Y es en estas relaciones en las que aprendemos y aprehendemos quiénes somos y quiénes son los otros y otras que promueven el desarrollo personal, desde las formas básicas del aprendizaje vicario (Papalia, et al, 2009), en donde imitamos a los otros y otras, hasta las más elaboradas y deliberadas influencias mediáticas y masivas (Gergen, 2006).

Para mí, en este punto, es importante señalar que la influencia del otro nos genera, pero que sin embargo, no necesariamente tiene que ser entendido siempre como una suma o una fuente de nutrición. Las relaciones pueden brindarnos la satisfacción de necesidades básicas de amor, placer e insumos pero del mismo modo tienen, con demasiada frecuencia, contrapartes negativas como el abuso, el descuido, la violencia o la enfermedad (Manrique, 2001). Es un constante riesgo, a pesar del cual, la necesidad, o mejor dicho, la urgencia de la relación, permanece.

Jorge Bucay (2006) explica que las relaciones son tan marcadamente atractivas porque proveen de un continuo descubrimiento y una continua e imparable construcción de nosotros mismos en comunidad que trasciende a la tradicional estructura solitaria del Yo.

Así, nosotros formamos la cultura y esta nos forma de regreso en una mutua, continua e irremediable influencia. Esta incapacidad de dejar de construirnos es algo que Romina menciona al hablar de sus distintas relaciones:

...nunca, en una relación, seremos lo que éramos cuando estábamos solos o con otra pareja...siempre cambiaremos porque vemos las cosas distintas cuando cambiamos de pareja, cuando nos desarrollamos y simplemente porque al unirnos con alguien distinto las cosas cambian... nosotros cambiamos..."maduró el tiempo o lo hicimos madurar"...es donde mostramos una real fusión y compromiso nuestro de estar con alguien, el punto es que no lo estamos...queremos estar con otras personas y nos invade algo que nos alerta...es hermoso compartir proyectos en común...admirar a nuestra pareja...creo que es necesario que seamos francas con nosotras mismas (os) (Romina, 30 de marzo 2010).

Romina ejemplifica la citada idea de la continua construcción del individuo en relación y, a mí entender, nos habla de otra característica de las relaciones: la pluralidad. Habla de la relación con los otros y otras en plural y de un entramado de posibilidades y de co-construcciones generadores de Yoes, también en plural.

Esta pluralidad, me lleva a pensar en Keneth Gergen(2006). Para él existe un proceso de saturación social, derivado de la era de la información y las tecnologías, que está produciendo un cambio profundo en la manera en la que entendemos, y más aún, vivimos nuestro Yo. Trataré de parafrasear lo que Gergen postula: el Yo, tradicionalmente, es entendido desde la concepción romántica y moderna del siglo XIX atribuyéndole elementos inmutables de personalidad, moral e inteligencia que permite (o permitía) establecer relaciones caracterizadas por el compromiso, la estabilidad y la fidelidad.

Desde ahí, las personas se describen como previsibles, estables, inmutables, persiguiendo las mismas metas y buscando encontrar a aquella única persona que las acompañen en alcanzar objetivos comunes. Esta visión del Yo y del mundo permea en el establecimiento de instituciones e ideologías tales como la educación, la asistencia social y, por supuesto, el matrimonio y las relaciones de pareja.

Pero no vivimos en el siglo XIX. Actualmente, las diferentes formas tecnológicas y de comunicación (el consumo informático, en mis palabras), permiten cada día más la mencionada pluralidad, la multiplicidad de voces, la diversidad de posturas e ideologías, alejándonos de la idea romántica del Yo estático y permitiendo que las personas sucedan en un permanente estado de reconstrucción, en un constante cambio más acorde a los que actualmente vivimos y al mundo posmoderno (Gergen, 2006).

Es en este mundo (donde las prácticas superan a las ideologías) en donde se desarrollan las relaciones de parejas actuales. Muchas de ellas suceden bajo el abrigo de instituciones modernas y románticas que no toman en cuenta los cambios ideológicos. Así, las relaciones en general y las parejas en particular, se desenvuelven en un mundo posmoderno (de cambios, opciones, alternativas) con expectativas e instituciones del mundo moderno (el matrimonio, por ejemplo).

Entonces, hasta el momento, parto de tres puntos clave que guiarán mis ideas con respecto a la pareja:

- 1) Establecer relaciones es una irremediable e incesante necesidad humana.

- 2) Las relaciones actuales son plurales.
- 3) Las relaciones se desenvuelven, en muchas ocasiones, en instituciones con expectativas de otra época de pensamiento.

Bajo estas tres premisas, las relaciones y, claro, las relaciones de pareja actuales, suceden.

La pareja: un concepto cambiante en un mundo estático.

Para mí, las relaciones de pareja son de las más importantes y definitorias que podemos tener a lo largo de la vida debido a que son relaciones intencionales que cubre funciones biológicas, psicológicas y sociales indispensables para la sana subsistencia (Eguiluz Romo, 2007).

Raúl Ortiz Fisher (2007) define a la pareja como una estructura social formada por dos personas, un yo y un otro, que puede tener diferentes niveles de complejidad y que construye un espacio vincular compartido, que coexiste con un espacio individual propio. Dos personas que forman una unidad llena de expectativas, no sólo sobre aquel o aquella que es nuestra pareja, sino también sobre el amor, la familia, el compromiso y, por supuesto, la fidelidad.

Esta definición me hace pensar que en el mismo momento que establecemos una relación de pareja cuatro mundos se crean en automático. Trataré de explicarme mejor: cuando yo me he unido a otra persona parecería que nuestra unión nace como un tercer ente diferente a lo que somos ambos por separado (de nuevo, lo que Manrique llamaría el mundo conyugal) y también se genera un entorno diferente al que uno u otro tendríamos por separado (el mundo extraconyugal). Esto es, en mi caso, que cuando me he

unido a una pareja parecería ser que somos cuatro elementos diferentes en el escenario: Yo, mi pareja, Nosotros y Ellos.

Cuatro elementos en una estrecha relación. Me parecería lógico que en algún momento alguno de esos elementos (o todos) cambiaran con el tiempo y la continua influencia del entorno. Con regularidad, no se piensa así.

Habitualmente, las parejas y sus expectativas se plantean desde un visión romántica que las ubica como el lugar único en el que se obtiene la satisfacción de las necesidades de afecto, intimidad, compañía y sexo (Manrique, 2001; Eguiluz Romo, 2007), y es que la vida así definida (estática) tiene todo el sentido. “Sólo hace falta vivirla y no cuestionar nada” (Manrique, 2001). El sarcasmo de Manrique me invita a pensar que esta visión de la pareja tradicional (entre otras cosas, de exclusividad sexual y/o emocional) presenta desde su conceptualización un problema definitorio en el pensar moderno/romántico de permanencia y estabilidad: la pareja no es estática; posee una increíble capacidad de cambiar e irse adaptando a los cambios sociales, políticos y culturales, permitiéndose más de una vez, reconstituirse así misma y rearmarse alrededor de lo permitido o lo arrebatado por algunos amantes revolucionarios (Eguiluz Romo, 2007). Así, me viene a la mente aquella pareja en celibato, la swinger, la casada, la divorciada, la reconstituida, la poliamorosa, la tradicional, la formada por un hombre y una mujer, o un hombre y otro hombre, o una mujer y otra mujer, la pareja con hijos propios, o adoptados, con los hijos que son de uno mas no del otro, las que deciden no tenerlos, las incestuosas, las *LAT (Living Apart Together)* que renuncian a vivir juntos en la misma casa, y un largo y vasto etcétera.

La pareja, entonces, la veo como algo que por definición cambia, no es una célula que siempre poseerá los elementos básicos de núcleo, membrana y citoplasma, y que no podrá contar con otros elementos diferentes. No. Hamari (2010) menciona esto en nuestra primera charla hablando de que existen momentos específicos de la historia en donde las instituciones, tales como el matrimonio o la monogamia, se presentan como respuestas a preguntas o necesidades específicas de la época.

En algún momento, por ejemplo, el matrimonio cuando se instaura es porque se tiene que preservar mi apellido ¿no? o sea como mi apellido va a continuar entonces yo me caso, aseguro mi descendencia, que cuando los hombres tienen tierras y demás entonces de alguna manera aseguran el patrimonio. Otra cosa también que se dice de esta figura del matrimonio es también al capitalismo lo benefició ¿por qué? Porque antes el trabajo, como lo definieron los griegos, era continuo y doloroso... Luego fue modificándose esto hasta que llega el capitalismo y entonces yo ya pongo un horario al hombre lo empiezo a ver como un producto, entonces el hecho de poner la figura del matrimonio donde tiene que llevar un sustento también al capitalismo le beneficia que haya esto, entonces también esta cuestión de... una pareja, un matrimonio por un largo periodo también tiene que ver con el poder... (Hamari, conversación original 2010).

Tomando en cuenta que las parejas parecen estar apuntaladas por el entorno económico, político y cultural, me pregunté cuáles son las formas en las que las parejas son estudiadas científicamente, y si esta característica de cambio es tomada en cuenta en los estudios realizados sobre ella. Esa duda me llevó a revisar diferentes materiales (Rage Atala, 1997; Estrada Inda, 2006) que mencionan un “ciclo vital de la pareja” la forma en la que, teórica e institucionalmente, se espera que la pareja se desarrolle, crezca y se consolide.

Esta idea, desde una visión moderna, tiene todo el sentido: un ciclo vital de la pareja permite delimitar el cuerpo de estudio, encontrar variaciones, catalogarlas para su estudio posterior, realizar diagnósticos y determinar lo sano e insano, lo correcto e incorrecto en las relaciones de pareja. Teóricamente las variaciones son tomadas como “distorsiones” de la pareja base: el matrimonio.

Así me topo con la idea de la pareja cambiante en un mundo de ideas estáticas e inamovibles. Un mundo en que existe una norma de estabilidad, una idea de normalidad funcional y en donde casi cualquier otra opción entra en el campo de la anormalidad o la disfuncionalidad cuando, originalmente, la estructura matrimonial surgió como respuesta específica de las necesidades de una época de pensamiento particular. De nuevo, Hamari me ayuda a entender este punto de la pareja cambiante dentro del mundo de las ideas estáticas e inamovibles:

...Hemos aprendido que este esquema de “ah, se casaron y la familia es así y durante muchos años”. Sin embargo, el hecho de que alguien se atreva a hacer algo diferente no quiere decir que no va a poder encontrar la felicidad, ¿no? porque por el hecho de cumplir un esquema, no quiere decir que ya te vas a perder de... Entonces, a lo mejor hay otras personas, otras personas que les es útil, que les es funcional vivir de una manera diferente que cuestiona, confronta a otros que se atreven a dar el paso... (Hamari, conversación original 2010).

Hamari me hace pensar en la batalla por pertenecer y en la constante lucha por seguir siendo nosotros mismos dentro de un mundo de opciones limitadas, de planes preestablecidos para todos y todas: casarse, trabajar, tener hijos, verles partir, jubilarse, morir. Habitualmente la pareja debe

apegarse a este esquema si desea su sano desarrollo, sin embargo, las estadísticas indican que el matrimonio es sólo una de las muchas manifestaciones del fenómeno social de la pareja. Al final, el mundo “estático” no está tan quieto y no es tan predecible como podríamos imaginarnos.

El “incómodo” matrimonio.

En este punto me gustaría hacer una pequeña pausa para mencionarte por qué hablo de matrimonio como si de un sinónimo de la relación de pareja se tratase. El matrimonio es la unión de dos personas avalada socialmente bajo un sistema de creencias específico, que incluye procedimientos rituales (De la Espriella Guerrero, 2008).

Algunos elementos comunes en la definición de matrimonio son:

- Cohabitación doméstica.
- Reconocimiento de la comunidad y/o legal.
- Alguna forma de ceremonia de establecimiento.
- Relación de amor.
- Existencia de hijos.
- Monogamia.
- Permanencia: estando el divorcio o separación permanente permitido en la mayoría de sociedades.

El matrimonio es la realización de la pareja. Está descrito, como muchas de las instituciones sociales modernas, en términos de permanencia y estabilidad. Las relaciones de pareja tradicionales se desarrollan bajo este

marco de referencia. Así las parejas se alinean a esta noción de unión, ya sea viviéndola al mudarse juntos, o deseándola como culminación del noviazgo, el cual, desde una visión tradicional, prepara a la pareja para ello.

Entonces ¿Qué lugar ocupa la pareja tradicional y el matrimonio en un mundo plagado de otras posibilidades? ¿Carece de sentido al no ajustarse a la naturaleza cambiante del mundo? A mi entender no, sólo es una opción más.

Michael White (2002) postula el enfoque de la cultura como un relato e insiste en la idea de los relatos dominantes (ideas que se mantienen como lo culturalmente correcto) que exaltan ciertas posturas sobre otras de un modo casi absoluto, pero que, sin embargo, terminan siendo sólo una manera preferida de ser, una aparente elección. Aquí se me ocurre una analogía: Me imagino a un relato dominante como un gigante escandaloso parado enfrente de los otros chaparros y timoratos relatos alternativos. Esta analogía me hace pensar en que, a pesar de que este gigante no deje ver las opciones de baja estatura a sus espaldas, no quiere decir que éstas no existan y que las personas no podríamos rodearle, descubrir las alternativas y tomar, o no, una decisión diferente.

Lo anterior me recuerda lo que Mónica expresó de forma contundente la primera vez que nos vimos para el grupo de reflexión:

Lo que dices que es lo que nos inculcan y que no sé qué, me daría mucha tristeza darme cuenta de que fuera así, pero espero que no sea así... me gustaría casarme, me gustaría tener hijos, pero entiendo también que hay momentos y las personas cambian y pues igual y lo mejor es no estar juntos, pero yo sí estoy esperando que..., o sea, a mí no me van a decir que es la sociedad la que me inculcó eso, pero yo sí espero que mi pareja me sea fiel, y yo sí espero serle fiel a mi pareja... (Mónica, conversación original 2010).

Inculcado o no, construido socialmente como un relato dominante o no, Mónica está, como muchas otras personas, tomando la opción de la pareja tradicional como la adecuada: una elección no obligada. Y es que la opción de la pareja tradicional trae consigo ideas que me resultan muy atractivas: acompañamiento, fidelidad, procreación, crecimiento conjunto y, por supuesto, amor.

El amor en los tiempos de los 140 caracteres.

Hablar del amor es casi un cliché ¿Qué letras pueden escribirse en torno a éste que no se hayan escrito ya? Trataré de conjuntar algunas al respecto, buscando principalmente describir cómo se vive el amor en el mundo posmoderno polifónico de cambios y diversidad que me dieron la idea del nombre de este apartado⁵.

El amor es un sentimiento que está implícito en la mayoría de nuestras interacciones sociales y, de manera predominante, en las relaciones de pareja. Es tema central de la filosofía, las artes y la política, estructurando alrededor de él costumbres, imaginarios colectivos, creaciones, normas, legislaciones e instituciones que delimitan la apropiada manera de “amarse” en los diferentes momentos históricos (Eguiluz Romo, 2007). Es una relación comprometida y erótica que establecemos con otra persona (Manrique, 2001). Es un lubricante, un catalizador social y también una invención, una construcción social matizada

⁵ En la actualidad la red social Twitter es la plataforma más usada para el intercambio de información a través de internet. Su principal característica es ser un microblogging que permite únicamente la captura de 140 caracteres.

por la experiencia subjetiva de aquel que habla de ello y, de nuevo, por la época de pensamiento en la cual se desarrollan (Velasco Alva, 2007).

Humberto Maturana (1992) postula que el amor es un fenómeno relacional biológico en que el otro u otra es legitimado y validado por la convivencia y la aceptación de todo lo que el otro u otra es. Legitimidad del otro y respeto por él o ella, son dos modos de relación congruentes y complementarios que se implican recíprocamente. El amor es central en la convivencia, en la intimidad de las relaciones y en total aceptación corporal. De acuerdo a Maturana nos reunimos con el entorno alrededor del amor siendo éste el principal catalizador de las relaciones de las que he venido hablando, es decir, nos unimos a las otras personas por y para el amor.

Usaré esta idea de Maturana para hacerte un par de preguntas. En una relación de pareja, desde una perspectiva tradicional de estabilidad y quietud, el amor es un sentimiento destinado a una sola persona y que busca su perpetuidad, busca ser “para siempre” (Bauman, 2005). Pero ya anteriormente te comenté que las relaciones en general, y las relaciones de pareja en particular, son cambiantes y plurales ¿Qué es lo que tiene la relación de pareja que la haría una excepción a esta regla? Si todas las relaciones se basan en el amor (incluyendo a la pareja) y todas las relaciones son plurales ¿Se puede amar a más de una persona al mismo tiempo?

Dada la naturaleza de la charla, esta última pregunta surgió de manera natural durante la conversación en el grupo de discusión. Te comparto la respuesta que Mónica dio en aquella ocasión:

...yo siento que no podría amar a dos personas al mismo tiempo, o sea, puedo amar a una y desear a otra y que me guste, pero amar no, no puedo, o sea porque todo lo que implica para mí una relación que llega a ser a muy desgastante y por eso es que para mí la cuestión de la fidelidad-infidelidad me cuesta tanto conflicto, me cuesta tanto, me da mucho conflicto porque a mí me da mucho miedo el abandono y entonces esas son las cosas... (Mónica, conversación original 2010).

Mónica expresa, a mi entender, un amor destinado a mantener la unidad y la estabilidad propia del pensamiento moderno/romántico. Habla de abandono, y el abandono para mí, es un cambio en la relación, el más definitorio de todos: antes del rompimiento se tiene pareja, después de él ya no se tiene pareja. Y este cambio, desde una visión posmoderna, resulta una de las tantas posibilidades en el proceso de las relaciones de pareja, sin embargo, es el cambio más negado, el más alejado del concepto moderno del amor estable y estático de pareja.

Este amor estable y estático parece no permitir amar a otro persona porque en automático implicaría un abandono, es decir, un final, un cambio. Así, la idea del amor único me invita a pensar en el mantenimiento de la unidad estática que provea de las bondades que el amor romántico promete. Nuevamente la idea se me hace sumamente atractiva, sin embargo, regreso al tema de los gigantes que no dejan ver a los timoratos y chaparros relatos alternativos.

¿Cómo vivir el amor entonces en un mundo posmoderno de continuos cambios? Nuestra expectativa parece basarse en la permanencia, en la búsqueda de la perpetuidad del amor que Bauman (2005) menciona, pero sin embargo, estamos en continua influencia de nuestro entorno, de la otra

persona y de la misma relación. Hamari retoma esta cuestión meses después en el blog en línea:

Me acorde que en el grupo se preguntó si se puede amar a dos personas. Entonces dije que no, hoy, al leerme nuevamente, digo que el amor es energía, tiene distintas formas, caras, intensidades. El punto es que es mío (no del otro) entonces si amo a la otra persona, su ser su esencia, sé que (mi pareja) no está, elijo estar ausente mas no la dejo de amar. Mi pareja actual es presente, disfruto cada momento y estoy empezando a amar su esencia y no tiene nada que ver con la otra persona, ni el sentir es igual. Hoy dentro de este sentir quiero que sea intenso y hoy lo que es congruente conmigo para este sentir "mío" es que quiero estar con mi pareja sin otra persona... (Hamari, 9 de abril 2010).

Las palabras de Hamari parecen situar el vaivén del amor en aquel que siente el amor y no en la pareja, y me hacen preguntarme de quién es el amor. ¿Es el amor de aquel que lo recibe? ¿De quien lo da? ¿De ambos? Hamari parece decir que el amor que profesa es de ella y es ella misma quien decide qué hacer con él y con quiénes compartirlo. La forma de expresarlo me genera la angustia del abandonar en el otro el amor que recibo. "Preocúpate de amarme que de amarte me encargo yo" Esta frase me quita control sobre el amor que recibo, me libera de responsabilidades pero ¿Qué implica esto en el mundo posmoderno de constante transformación? ¿Qué me queda?

Esta idea, del amor como algo que es mío y que yo decido cómo darlo, cuándo y a quiénes, estará presente en los siguientes apartados guiando algunas reflexiones.

El contrato: Juro amarte y respetarte hasta que ~~la muerte nos separe~~ cambie de opinión.

Hasta aquí te he compartido mis ideas sobre la pretensión de que nuestras relaciones y sentimientos se mantengan estables en un mundo posmoderno de constante cambio y de múltiples alternativas. Ahora hablaré un poco de nuestras palabras y discursos alrededor de las parejas, es decir, las cosas que decimos sobre las parejas y desde las cuales las vivimos. Esto lo considero de particular importancia ya que es a través de lo que decimos desde donde entendemos el mundo que nos rodea, y es la forma que tenemos para comunicar a los otros nuestros sentimientos, deseos y decisiones. Es decir, primordialmente, usamos el lenguaje para relacionarnos con el mundo y con las otras personas (Gergen y Gergen, 2011).

La forma en la que describimos el mundo influye la manera en la que nos relacionamos con el mismo. Como he descrito anteriormente, habitualmente describimos el mundo, y las relaciones en él, como estático y controlado por leyes, valores y principios universales, permitiéndonos relacionarnos con la certeza que da lo que no cambia. Keneth y Mary Gergen (2011) no están satisfechos con estas descripciones del mundo. Ellos mencionan que al comunicarnos con otros construimos el mundo en el que vivimos. En un sentido amplio “nos ponemos de acuerdo” en lo que es real y en lo que no lo es, y esa realidad varía de cultura a cultura, y yo le añadiría, de tiempo en tiempo. Es decir, la realidad siempre depende de la cultura que la describa y del momento en el que lo haga.

Cuando digo “te amo, soy tuyo y siempre te seré fiel” estoy de hecho describiendo lo que realmente siento y deseo, sin embargo, mi constante contacto con el entorno cambiante puede modificar mis ideas, sentimientos y

decisiones. De esta manera, por ejemplo, a lo largo del tiempo puedo amar, seguir amando, amar de una manera diferente o dejar de hacerlo.

Lo anterior me conduce a la idea del “contrato” que construyo con la otra persona al iniciar una relación de pareja. En el 2008 el Instituto Kanankil impartió un entrenamiento en terapia de pareja en el cual tuve la oportunidad de participar. En una de las sesiones, Rocío Chaveste Gutiérrez habló de que el matrimonio es el único contrato sin fecha de finalización. Nos preguntó a los asistentes qué pasaría si la tuviera. Si los matrimonios tuvieran una vigencia de, digamos, cinco años, ¿Qué implicaría? ¿Renovaríamos el contrato por cinco años más?, ¿Qué tomaríamos en cuenta para decidir?, etcétera.

Es claro que no todas las relaciones de pareja se desarrollan dentro del contrato del matrimonio, sin embargo, en toda relación de pareja existen contratos, compromisos implícitos o explícitos, similares a los establecidos en el matrimonio, cuyas cláusulas suelen no ser revisadas con el paso de los tiempos (Manrique, 2001; Camacho, 2004; Riso, 2000). El contrato existe, y es uno de los mayores discursos a través de los que vivimos en pareja. El contrato es construido en un gran “ponerse de acuerdo” y sus cláusulas son generadas desde una realidad cultural socialmente compartida que, a mi entender, puede otorgar un sentido de permanencia y estabilidad. Así, parecería ser que al amor que me profesa la otra persona, a pesar de estar en su control y no en el mío, la compromete a cumplirlo, y también, me compromete a mí a lo mismo. Todo esto genera un acuerdo tácito de amor incondicional y fidelidad absoluta.

Esto me lleva a rescatar las palabras de Mónica sobre la mentira como un ejemplo de la ruptura del contrato de pareja:

Es lo mismo que yo me exijo a mí, yo no voy a decir nunca miento, pero siempre trato de ser lo más honesta posible, ¿no?, o sea, por ejemplo, antes estaba saliendo con alguien y empecé a salir con otra persona... pero la persona con la que empecé a salir sabía, yo le dije que estaba saliendo con alguien, cuando vi, cuando tuve chance de ver a la otra persona, le dije que estaba saliendo también con alguien... Siempre trato de ser así, o sea, siempre... para mí eso es muy importante porque no quiero que me vean la cara... (Mónica, conversación original 2010).

Lo que Mónica menciona me hace pensar en que la ruptura del contrato establecido no es solamente una violación al mismo o una ofensa para la pareja, sino que también es un agravio a aquel o aquella que rompe el contrato. ¿Cómo me echo para atrás si ayer todavía te dije, por ejemplo, “te amo, soy tuyo y siempre te seré fiel”? ¿Cómo rompo un contrato social y culturalmente aceptando poniéndome con ello en el papel de villano?

El contrato es poderoso. En muchos casos parece privilegiarse al contrato, y lo establecido en él, sobre los cambios que vamos experimentando por el continuo contacto con el entorno cambiante. Aquí cabe un ejemplo: Supongamos que una mujer decide casarse con la promesa del amor tradicional/romántico, en el cual le jura a su pareja amor eterno y “nunca dejarle”. Un par de meses después de la boda sostienen una gran pelea en donde ella amenaza con terminar la relación y él la golpea. La mujer de este ejemplo, a pesar de que no desea ser golpeada más, decide continuar la relación ya que, entre muchas otras cosas, juró amor eterno y jamás dejarle a pesar de no desear ser golpeada. El contrato inamovible de permanencia parece superponerse a los posibles “nuevos” deseos de la persona (Camacho, 2004).

Las palabras de Mónica (2010) también me ofrece una pista para el establecimiento de las relaciones de pareja en un mundo posmoderno de continuos cambios: la honestidad.

La misma Mónica amplía su reflexión sobre la honestidad y nos habla de la inclusión de las emociones que las otras personas pueden generar en los miembros de las parejas.

Podemos hablar. Y por eso, tal vez todavía no hemos llegado a decir “sí, somos animales, ¡todos con todos! O sea, no tanto llegar a ese extremo, pero sí en aceptar esta parte, pero no para irnos a hacer orgías gigantes, o bueno, para sernos infieles a cada rato... sino en aceptarla para poder verla y poder manejarla y saber que ahí está, y no tener que ocultarla. Y cada vez que mi novio (diga) “ay, esa chava está guapa” yo diga “¡ah, Que horror!” no sé qué, o tal vez que yo diga “ay, ese chavo me gusta” el otro se ponga todo celoso... es decir, aquí está, es verdad, somos seres polígamos por naturaleza, pero también tenemos sentimientos y conciencia más profunda, “mas profunda” que los animales, entonces aquí está, sí es cierto, somos así, pero podemos hablarnos, podemos decirnos, podemos contemplarnos... (Mónica, conversación original 2010).

Lo que Mónica dice me lleva a un terreno intrincado que me hace preguntarme qué pasaría si fuese totalmente honesto con mis propios cambios ante mis parejas.

Manrique (2001) menciona que los cambios son inevitables, y que si el amor prevalece, estos cambios estarían en el manejo de nuestras relaciones extraconyugales, específicamente en lo relativo al sexo y la intimidad. Su postura, al igual que la de Mónica, es la honestidad. Así, Manrique menciona que al vivir en pareja los cambios personales incluyen en automático a la otra persona, y por lo tanto, para mantenerla incluida habrá que “pensarlo y hablar de ello con el cónyuge”.

Lo anterior me hace pensar en las paradojas del contrato. Retomo mis propias palabras escritas sobre esto en abril del 2010 en el blog en línea:

¿Respeto a quien? por ejemplo, si digo que me respeto entonces... ¿respetarse incluye respetar nuestros propios deseos? ¿No eso podría ir en contra de los deseos de nuestra pareja y entonces ya no respetarla? ¿Y la carencia de ese algo que “debe” darnos el otro?. (Christian, 8 de abril 2010).

Por un lado me complace la idea de la inclusión, al fin y al cabo, la ruptura de cualquier contrato no lo sería si estuviera dentro del mismo contrato (Riso, 2000), pero la paradoja se encuentra en la individualidad. El erotismo y el amor invitan a la idea de la unicidad, de la experiencia única, y sin embargo, no puede ser único (Manrique, 2001). Entonces la honestidad puede ser un agravio a la individualidad ¿Cómo decido dar el amor que es mío? Parecería ser un tema individual, pero no lo es.

Cabe aquí otro ejemplo. Un hombre mantiene una relación con dos mujeres, a ambas las ama, pero sólo una de ellas sabe de la existencia de la otra poniéndolo frecuentemente en situaciones que comprometen que su secreto se sepa. Dos caminos, ser honesto a ambas o guardar el secreto. Si toma la primera opción podría encontrarse con que ambas decidan continuar al ser incluidas y brindarles la oportunidad de decidir, pero también corre el riesgo de que una o ambas mujeres se alejen. Si toma la segunda opción el resultado es más incierto, sin embargo, mientras mantenga el secreto parecería más probable que ambas mujeres permanezcan en la relación. Ser honesto parecería ser más riesgoso a corto plazo que mantener el secreto y da a las otras personas la opción de decidir. Mientras el secreto se mantenga todo

parece estar bajo nuestro control con la sensación de que es uno el que decide cómo dar el amor.

No incluir, no ser honesto, entonces parecería ser más seguro, con un efecto de “letras chiquitas” que no se ven en el contrato, sin embargo, con esto, otra idea me salta a la cara: el respeto. Romina lo explica ahondando en la mentira:

El hecho de mentirle a alguien me hace sentir que, por ejemplo, puedes mentir porque llegaste tarde, puedes mentir porque no hiciste tal cosa, puedes mentir porque no cubriste con tal situación, con tal de cubrirte o de protegerte, de quedar aparentemente bien, pero en realidad, el hecho de que sea una mentira, estás como que... estás creyendo que le vas a tomar el pelo a alguien... o sea, quién soy yo para creer que le voy a tomar el pelo a esa persona, quién soy yo para decidir que esa persona no es capaz de darse cuenta... (Romina, conversación original 2010).

La paradoja de lo individual y lo relacional se diluye en lo que Romina menciona y me genera una pregunta casi por automático ¿En quién me convierto si estoy enamorado de alguien que considero lo suficientemente torpe para no darse cuenta de un engaño? Yo mismo mencioné esto al escuchar las ideas de Romina en el grupo reflexivo.

Esto de tomar el pelo, me diste mucho sentido, porque hay algo que sucedió conmigo, en donde mi pareja se dio cuenta de que algo pasó, fue como... “no me molestó que pasara, me molestó que me subestimaste, que me creíste tan tonta...” porque decirlo de esa manera “tu me subestimaste” me impactó mucho. (Christian, conversación original 2010).

Y sí me impactó. Al leer de nuevo mis propias palabras, mis pensamientos me llevan hacia la otra persona; mi pareja, el otro lado del contrato. Me pregunto si ella ve las mismas cláusulas que yo, si estamos de

acuerdo ambos en todas las cláusulas o existen otras razones diferentes para firmar el contrato. Me pregunto si el contrato me da derechos sobre la otra persona, y si así fuera ¿qué pasa con el amor que es suyo? Si tengo derechos otorgados por esa “firma” ¿Podré decidir sobre el amor que me comparte?

Soy tuy@... eres mí@.

El contrato, visto de esa manera, parece permitirnos decidir sobre la otra persona que forma la bina de la pareja como si de una propiedad se tratara. La idea de “propiedad” rodea el concepto occidental de pareja y el matrimonio tradicional fomenta la noción de propiedad privada que cada cónyuge intenta ejercer sobre su pareja (Salgado, 2003).

Esta idea de propiedad puede permear en la manera en la que las parejas se relacionan, generando por un lado, la ya mencionada noción de permanencia e inmutabilidad, y por otro lado, la idea de control y el uso del poder.

La sensación de permanencia en las relaciones de pareja permite la validación de las cláusulas implícitas en el contrato del matrimonio ya que la relación que establecemos con alguien que tenemos “asegurado” se basa en la certidumbre de que siempre estará allí y que podemos disponer de esa persona a voluntad. Esto es, en otras palabras, un ejercicio de poder (Salgado, 2003).

Hablar del poder me hace pensar en las nociones de género en las parejas, específicamente, en el establecimiento histórico del patriarcado desde las ideas evolucionistas. Básicamente, las teorías evolucionistas se enfocan en

la importancia del manejo de los recursos por parte del varón que genera, como consecuencia, el control de la familia (Morales Marente, 2007). En términos prácticos (y muy simplistas), lo anterior me explica cómo el varón ha llegado a considerar a la mujer su propiedad, pero no explica cómo el efecto inverso sucede, y tampoco explica la idea de poder y propiedad en relaciones entre individuos del mismo sexo. Para Elena Morales Marente (2007) el poder parece estar íntimamente relacionado con los recursos para ejercer dominancia sobre los otros, en otras palabras, me pertenece el derecho sobre los otros en función de los recursos que poseo y que las otras personas necesitan o creen necesitar y como producto de esta dinámica se generan nuevos recursos que matizan las ideas y prácticas del poder. Si parto de la idea de que los recursos son generadores de prácticas de poder, me topo con que habitualmente estos recursos son entendidos como algo tangible o visible (dinero, propiedades, leyes, consenso social, etcétera) que favorece, históricamente, al varón, pero a mi parecer, existen recursos no tangibles que, dadas las diferencias introyectadas en la socialización del género, permite a hombres y mujeres ejercer poder en determinados momentos y situaciones, sobre el otro u otra.

Desde esta visión evolucionista, el contrato se establece en base a recursos (económicos, sociales, emocionales, parentales, etcétera) que genera diferentes acciones de poder y nociones de propiedad. Y así las variables se vuelven infinitas: economía, desempeño sexual, capacidad de demostrar afecto, fidelidad, cuidado de los hijos, etcétera; todo capaz de ser un recurso que moldea el uso del poder y la noción de estabilidad e inmutabilidad de la relación de pareja y, por ende, de propiedad.

Así, los recursos que ofrecemos parecen convertirse en una cláusula de reciprocidad en el contrato de pareja: “Merezco, como mínimo, lo que ofrezco”, es decir, merezco los mismos recursos que ofrezco. Y es el amor el recurso fundamental en la formación de las relaciones (Maturana, 1992), por lo tanto, pienso que el “cómo” ofrezco este amor, podría estar ligado a la noción de propiedad privada en las relaciones.

Más arriba hablé de la idea de Hamari (2010) sobre el amor que es nuestro y del cual podemos hacer uso y decidir cómo, cuándo y a quiénes otorgarlo, y de cómo el amor es habitualmente entregado al otro, generando un efecto de compromiso con el contrato, y también, comprometiéndome a mí a lo mismo: pertenecemos.

Nuevamente Hamari, durante sus reflexiones en el blog, me explica cómo piensa que su idea del amor que es propio, puede desarticular la noción de propiedad privada en el amor:

En nuestra cultura occidental capitalista, algo que hemos introyectado fuertemente y que ha llegado al punto de las relaciones, es esto de la propiedad privada. Esta ideología se complica cuando me encuentro y me descubro en nuevas emociones, pero la realidad es que nunca somos propietarios de otra persona más que de nuestra esencia y de nuestras responsabilidades. Por ello digo: si me encuentro con otro ser yo elijo... cuántos momentos... cuánto afecto. Por último si quiero estar yo compartiéndome con distintos seres al mismo tiempo y también haciéndome consciente que del otro lado las personas que están frente a mí, que se están relacionando conmigo, también, así como yo, tienen esta libertad de elección porque no hay propiedad privada. (Hamari, 9 de mayo 2010).

Soy dueño únicamente de mi mismo, de mis acciones, de mis deseos y decisiones. Pero no se queda ahí. Las ideas de Hamari me invitan a pensar en

el otro que no me pertenece, y que como tal, también es dueño de su amor y decide cómo, cuándo y a quiénes entregarlo.

Soy dueño del amor que doy. Una gran idea, “un gran poder que conlleva una gran responsabilidad”; esta frase, extraída de la clásica historieta *Amazing Fantasy #15* de 1963, y en donde aparece por primera vez el personaje del Hombre Araña, me ayuda a dimensionar la responsabilidad de aceptar la idea del amor que es propio. Libera. A partir de ahí no necesito explicar el por qué hago lo que hago, cómo doy mi amor, cuándo lo doy o a quiénes lo doy, pero también, junto conmigo, libero a la otra persona exactamente de lo mismo: nada la obliga a explicar, a cumplir o respetar ningún contrato. Para mi la pregunta inmediata es ¿Qué tan dispuesto estoy a ello?

En este punto me gustaría hacer un resumen de las ideas que hasta el momento he desarrollado, permitiéndome una suerte de *definición de las relaciones de pareja*, armada con las reflexiones hechas a lo largo de este capítulo, y que me permita guiar mis futuras ideas con respecto a *Lo Infiel*.

Así pues, defino a las parejas como las relaciones que establezco con otra persona construyendo un espacio vincular compartido, que coexiste con un espacio individual propio, y que se basan en el amor y el erotismo. De manera tradicional, las relaciones de pareja poseen una fuerte tendencia al cambio pero se desenvuelven y estudian, en muchas ocasiones, desde supuestos, instituciones e instrumentos modernos que abogan por las nociones de estabilidad y permanencia. Estos supuestos llevan las relaciones de pareja a desarrollarse emulando las características de la institución matrimonial fuertemente arraigada al entendimiento colectivo y cultural de un contrato que

implica, de manera inamovible, la convivencia única y permanente de los miembros de la pareja y que evoca el sentido de propiedad privada sostenido por prácticas de poder en base a los recursos que cada miembro de la relación posea.

Esta definición esta propositivamente incompleta. No podría ser de otra forma en este punto de mi análisis. La definición que propongo no toma en cuenta a los otros y otras que rodean a las parejas, y se centra únicamente en lo que sucede en la bina de las parejas. Por otro lado, explica el establecimiento de los discursos tradicionales de la pareja, pero también cuestiona la naturalidad de los mismos, y prepara el terreno para hablar de lo que rodea a las parejas, del mundo extraconyugal, y el cómo las concepciones subjetivas del amor, la fidelidad y la misma relación de pareja pueden influir en las relaciones alrededor de *Lo Infiel*.

Lo infiel: yo, tu, nosotros... y ellos.

A partir de aquí haré una división intencional y artificial en la trenza del análisis. Intencional porque al hacerla me permito estructurar mis ideas. Artificial porque las relaciones de infidelidad no se desarrollan separadas de las parejas, sino en una íntima relación y mutua influencia con ellas. Al tener estas características la división se vuelve permeable, permitiendo que muchos de los temas desarrollados en los apartados anteriores, se amplíen y revisen de nuevo en los siguientes.

Pues bien, parto de la idea de que todas las relaciones de pareja están rodeadas de un mundo extraconyugal que influye en su estabilidad y

permanencia (Manrique, 2001). Este mundo extraconyugal está formado, en parte, por personas, sí, pero también incluye a la cultura, la ideología personal, la economía, los medios de comunicación, la política y las instituciones que rodea a las parejas. Todos estos estímulos tienen influencia en las personas que forman a las parejas, poniendo en entredicho la añorada estabilidad de las mismas y moldeando incesantemente las ideas sobre el amor, la fidelidad, la familia y un amplio e intrincado etcétera.

Aquí las posibilidades para hablar del mundo extraconyugal son infinitas. Podría partir de la influencia que la familia política tiene sobre las parejas, o de si la relación está legalmente constituida en la figura del matrimonio, o incluso de si existe esta figura en términos legales (como en el caso de las relaciones entre personas del mismo sexo en muchos estados de la república), podría centrarme en los amigos de uno u otro miembro de la pareja o en los amigos de ambos, en los profesores de los hijos cuando los haya, o incluso en el uso de los tiempos libres y la privacidad.

El mundo extraconyugal pues es muy amplio, pero para los fines de este trabajo hablaré desde la “zona” de *Lo Infiel* del mundo extraconyugal, es decir, desde la experiencia de las personas que establecen, o han establecido en algún momento, relaciones emocionales y/o sexuales con otras personas mientras vivían en una relación de pareja. Para ello partiré, nuevamente, desde las charlas que Romina, Mónica, Hamari y yo establecimos y las ideas surgidas en ellas a partir de cuestionarnos sobre nuestras experiencias siendo infieles.

Aquí cabe delimitar de qué estoy hablando al hablar de *Lo Infiel* en contraste con la infidelidad. Camacho (2004) define la infidelidad como la

ruptura de un contrato, acuerdo o pacto implícito o explícito, en el cual uno de los dos miembros en una pareja, tiene algún tipo de relación, de la misma naturaleza, con una tercera persona. El mismo Camacho explica que el tema fundamental para hablar de infidelidad es la ruptura del contrato establecido que muy pocas veces está explicitado, y en el que ambos miembros de la pareja acuerdan frecuentemente mantener un vínculo de exclusividad sexual y/o afectivo. Al romperse o considerar que este contrato se incumple, se pone en cuestión la confianza y la palabra empeñada, dañando la relación.

Por otro lado Mario Zumaya (1998) menciona que la infidelidad, es entendida como un fenómeno interaccional triangular que, siempre desde la óptica del o los afectados, puede ser conceptualizada como un continuo que va desde el involucramiento emocional que contenga los elementos de atracción y, sobre todo, secreto, hasta la ocurrencia eventual o continua, con o sin involucramiento emocional, del ejercicio de la sexualidad fuera de una relación de pareja, casada o no, homosexual o heterosexual, que suponga una exclusividad sexual.

Estas definiciones me arrojan algunas ideas sobre la infidelidad. En primer lugar, pienso que tanto Camacho como Zumaya postulan que es la pareja (el otro u otra frente a mí) la que define lo que es una infidelidad y lo que no lo es en base a lo que considera que es o no una falta. Me explico mejor; supongamos que en una relación de pareja heterosexual, la mujer considera que su pareja no debe establecer charlas de contenido sexual con otra mujer (exista o no un excitación sexual de por medio) ya que él estaría siendo infiel. Es ella quien ha determinado lo que es ser infiel, luego entonces, él no tiene mucha capacidad de decisión en esta definición así como ella tampoco tiene

forma de decidir lo que para él es una infidelidad pudiendo ser desde una simple mirada o pensamiento hasta besos, caricias o sexo. Es decir, si muchas veces la infidelidad es definida por las personas a las que “le son infieles”, la persona que es infiel termina, muchas veces, sin mucho “control” sobre si es o no infiel.

Mónica lo explica mejor:

*La infidelidad no es como la definimos nosotros, si no como la define nuestra pareja, yo puedo ser muy openmind pero si al estar con otra persona mi pareja se ofende pues estoy siendo infiel... si no, pues no. Son acuerdos entre la pareja y la culpa no viene de nuestros actos... si no de a quién podemos dañar con ello.
(Mónica, 30 de marzo 2010)*

Esta característica está ligada al entendimiento de la infidelidad que está condicionada a la interpretación del “cornudo”, a las cláusulas que el otro miembro de la pareja establece sobre lo que es o no un acto de infidelidad. La literatura se ha centrado en el proceso del perdón del miembro engañado, en la culpa y proceso de sanación de la pareja, todo ello, ayudando a centrar la importancia de la infidelidad en el otro u otra que interpreta y en los efectos de las relaciones extraconyugales de este tipo sobre la pareja base (Cañamares, 2005; Rage Atala, 1997).

Otro punto interesante de esta definición es el que refiere a los efectos de la infidelidad en la pareja. Una infidelidad lastima a la pareja, la daña, la acaba. Ernesto Rage Atala (1997) menciona que la pareja se desarrolla en una secuencia definida de acontecimientos. Esta secuencia marca lo que se espera de las parejas en determinadas edades y a partir de las decisiones o sucesos que la pareja viva, invitando a la idea de que existe una manera

correcta de vivir las relaciones de pareja. La infidelidad pues se encuentra como excluida de este proceso “normal” de las parejas, y de hecho, se maneja como una desviación en el ciclo vital de la pareja y una de las posibles causas de que muchas relaciones terminen.

Dos elementos de la infidelidad: por un lado que parece ser determinada por las cláusulas del contrato de aquellas personas a las que le son infieles (Camacho, 2004), y por otro, la condición de “villana” y causa de la terminación de las relaciones (Riso, 2000). Pero yo hablo de algo diferente. *Lo infiel* no necesariamente posee estas características. En primer lugar, la idea me surgió al darme cuenta que hablo de un fenómeno que se establece desde la voz de aquellas personas que son infieles y no desde la de las personas que le son infieles. En un segundo punto, noto que las relaciones de las que hablamos, desde lo infiel, no necesariamente dañan la relación, y en definitiva, no pretenden hacerlo.

Nuestra primera conversación inició con la pregunta “¿Cómo ha sido la experiencia al ser infieles” y el primer comentario que recogí de la grabación de esta sesión, aunque en ese momento no lo sabía, me daría la idea de que no hablaríamos de infidelidad sino de *Lo Infiel*:

Yo nunca me había puesto como a tomarme el tiempo de decirme así con todas su letras: infiel. No me había tomado el tiempo, y si a ese comportamiento o a esa circunstancia se le pone el nombre o la etiqueta de infiel, bueno, ok, porque yo le he llamado, vivir en dos, así le he llamado, vivir en dos. (Hamari, conversación original 2010).

Hamari inicia sin el juicio moral que muchas veces hablar de la infidelidad conlleva, más aún, inicia desechando el nombre, rehusándose a llamarse a sí misma “infiel” y, a mi juicio, negando lo nocivo de sus acciones.

Lo infiel, así explicado, habla de la experiencia que surge en la persona que decide establecer una relación emocional y/o sexual con un tercero que no es su pareja. Y es este fenómeno parte del mundo extraconyugal que postula Manrique y mi principal interés en la redacción de este trabajo.

Iniciaré pues citándote tres elementos de *Lo Infiel* que Hamari (2010) desglosó en nuestra conversación original y que marcó el rumbo a la conversación establecida y a mis futuras reflexiones, incluso meses después, en las revisiones del blog en internet.

Yo veo como tres cosas que influyen en esto de ser infiel: el amor, el deseo y el momento. El amor, para mí, está totalmente desligado del deseo y además hay una cosa más que le llamo, el momento, ¿por qué? Porque yo puedo tener un afecto o un amor por alguien pero en algún otro momento puede aparecer un deseo pero no necesariamente un afecto por otra persona. Además puedo yo tener el deseo de estar con otra persona, pero si no se da el momento, pues no pasa nada. Sólo cuando se da el deseo más el momento es cuando a lo mejor pase algo. (Hamari, conversación original 2010).

Tres elementos delimitados por la experiencia de ser infiel: a) el amor, b) el deseo y c) el momento. Cada uno de ellos se dirige a la pareja pero también a la tercera persona con la que establezco la relación emocional y/o sexual extraconyugal. A partir de estos elementos anclaré los siguientes apartados. Comienzo entonces con el primero de ellos.

Vivir en dos.

Es difícil hablar del amor en un triángulo ¿Qué ha pasado en mi experiencia con el amor a mi pareja cuando vivo una relación de infidelidad? El amor es visto como una de las tantas causas directas de la infidelidad, ya sea por su ausencia, o por su sobrestimación (Riso, 2003). Por un lado tenemos la idea de que “si eres infiel es porque ya no amas a tu pareja” en el que se le atribuye a la ausencia del amor los motivos para establecer un contacto sexual o emocional con una tercera persona fuera de la bina de la pareja. Por otro lado se encuentra el sobrestimar el amor pensando que el amor de pareja es más grande que cualquier infidelidad.

Mi duda aquí es qué sucede con el amor a la pareja visto desde *Lo Infiel*. Walter Riso (2003) menciona que cuando una relación de infidelidad se establece, muchas veces el amor hacia la pareja se encuentra mermado o, en contraparte, se le atribuyen elementos de “intocabilidad”, se le sobrestima, se le considera tan fuerte y tan aparte de nuestros actos que no podrían ser afectados por otras relaciones. Entramos en un círculo del tipo “¿qué fue primero, el huevo o la gallina?” debido a que no estoy seguro si el amor sobrestimado o ausente puede generar la infidelidad o es al revés; la infidelidad puede acabar con el amor o empezar a sobrestimarlo. Rescato mis propias palabras en relación a esto:

Algo que he sentido cuando he estado con otra persona es el que aun estando ella físicamente, no dejo de amar un solo segundo a la persona con la que estoy, a mi pareja... tal vez no lo pienso de esa manera así como que “en este momento estoy queriendo a mi pareja” pero sí es algo que en retrospectiva me ha sido como muy claro: que el amor no se desvanece, que está ahí presente pero que si lo pongo como en una cámara y lo observo y puedo observar mis sentimientos sería como poder ver ese amor siendo

totalmente fiel porque no estoy dejando de quererla para estar con otra persona, pero si en esa misma cámara observo mi cuerpo y no ese amor, como si tuviera rayos equis, si se le quita los rayos equis, entonces sí, estás siendo infiel porque mi cuerpo está con otra persona... (Christian, conversación original, 2010).

Al leerme me doy cuenta que en otro momento, con otra pareja o con otra tercera persona diferente, quizá esto no aplicaría. Sin embargo me llama la atención cómo describí el amor desde la permanencia, aun en un acto físico con una tercera persona. Hablé del amor como inmutable ante el acto físico, como si el deseo no estuviera relacionado con el amor. De ahí la incógnita: ¿El amor y el deseo están unidos o separados? Hamari habló un poco de ello:

A mí me había pasado que siempre... había ligado el amor viene o incluye el deseo. Pero no, son cosas diferentes. Es como que yo tengo una comida preferida... y es así la preferida de las preferidas pero de repente puede aparecer un guiso nuevo y me guste y lo disfrute y van a ser sensaciones diferentes, nuevas, pero no quiere decir que me deje de gustar [mi platillo favorito], sigue siendo mi favorito, pero voy a poder disfrutar de esto nuevo, entonces como algo así lo veo. Una cosa es un afecto y de repente aparece alguien y que no tenga nada que ver con el afecto que siento para la otra persona, algo así. (Hamari, conversación original 2010).

Para mí también, el amor está separado de lo físico, aunque el discurso cultural se empeñe en unirlos (Lindholm, 2007). Manrique menciona que “en términos del deseo, no se puede ser fiel a una sola persona” (Manrique, 2001, p. 79) porque el deseo está ligado a lo erótico y al placer, y el amor romántico, aunque fuertemente ligado al placer (sexual o no) tiene otros elementos culturales (compromiso, unicidad, permanencia) que el deseo no posee. Así, el deseo sexual es socialmente construido y la reacción fisiológica biológicamente determinada, mientras que el amor romántico no es necesariamente sexual, sino una experiencia relacional (Lindholm, 2007).

Es decir, puedo sentir deseo por la gente en el mundo extraconyugal ya que básicamente, en lo sexual, nadie puede satisfacerme del todo en todo momento. Pero el amor parecería ser de nuevo una excepción ya que culturalmente el amor de pareja es único y dirigido a la persona “adecuada”: no hay posibilidad de amar a dos personas. Mónica me dio su punto de vista al respecto:

Para mí una relación... llega a ser a muy desgastante y por eso es que para mí la cuestión de la fidelidad- infidelidad me cuesta tanto conflicto, me cuesta tanto, me da mucho conflicto porque a mí me da mucho miedo el abandono... (Mónica, conversación original 2010).

Aquí piso terrenos inestables. Por un lado la idea cultural me invita a pensar que el amor es único, por otro lado, los estilos de vida como el poliamor retan esas enseñanzas culturales. El poliamor “habla de un estilo de vida en el que se tiene más de una relación íntima, simultánea, amorosa y sexual duradera (no casual) con el pleno conocimiento y consentimiento de todas las personas involucradas” (Romi, 2009 pp. 23-24). En las relaciones poliamorosas las personas dicen sentir el amor (que usualmente se siente hacia una sola persona) por dos o más personas. Pero una de las características es que sea un acuerdo entre todas las personas involucradas (Romi, 2009), lo que me lleva a pensar nuevamente en la idea de Hamari (2010) sobre el amor que es nuestro. Extraigo un comentario más de ella para ahondar más en el tema:

...Ahora cuando yo me relaciono con otra persona lo más importante es compenetrarme en la esencia del otro ser, entonces ahí si me pregunto qué hago con quien estoy si con quien estoy es una elección mía... elijo entonces estar, quedarme, compartirme, teniendo en cuenta que solo tengo garantía de mi sentir, de mi amor y aun así elijo dar por el placer de dar al

hacerme consciente de que la garantía de lo que tengo solo aplica en mí. Yo soy lo que amo no quien me ama, porque el amor es solo mío. (Hamari, 15 de abril 2010).

Lo que Hamari menciona parecería alejarse del poliamor en cuanto que no es un acuerdo de inclusión (aunque tampoco parece animar a la deshonestidad) sino un ejercicio de contacto consigo misma y sus deseos. Un acto que podría tacharse de egoísta pero que a mi entender retoma la idea de amor que es de uno y que permite a la otra persona asirse así misma de su propio amor: “Preocúpate de quererme que de quererte me encargo yo”.

El discurso dominante del matrimonio, como forma única de establecer relaciones de pareja, sigue siendo un gigante frente a los chaparros discursos alternativos. Sin embargo, desde esta perspectiva, el camino para llegar a él no esta sujeto a caminar un único camino por obligación sino como una decisión sobre el amor que doy. Entonces me siento más cómodo con las palabras “compromiso”, “decisión”, “monogamia”, etcétera; porque, desde esta visión, hablo de decidir a quiénes, cómo y cuándo dar mi amor. Siendo una de muchas posibilidades el responder: sólo a ti, así y para siempre.

Desear otros cuerpos

Una aventura furtiva, de esas de una sola noche, muchas veces es vista de manera diferente que una relación de pareja establecida con una tercera persona (Riso, 2003). Estas relaciones, de forma más obvia que las segundas, contienen el elemento del deseo a flor de piel que permite el arrebató pasional de una sola noche. Mucho de los reproches que le hago al “amor infiel” no aplican para el “deseo infiel”. La manera en las que el deseo es concebido,

desde los discursos del género y las construcciones que se hacen alrededor de él, permite una suerte de “vacuna” para la exclusividad. Parecería ser algo inherente a las personas, y por lo tanto, muchas veces libre de ser enjuiciado.

...siempre hay una atracción, química, de olor, fisiológica, o sea de todo tienes una combinación, hay cosas que no complementas con tu pareja y complementas con otra persona, y mucha gente dice: “ay pero vas a... o sea como si lo fueras a dejar, y tú sientes ganas de satisfacer ese momento, o esa parte... (Romina, conversación original 2010).

Romina expone ese deseo automático que sentimos hacia las personas. Una atracción enmarcada en lo químico de los encuentros y en lo construido socialmente sobre lo que es o no atractivo. Y es que, biológicamente hablando, el deseo sexual parecería ser automático e inherente al ser humano, y la monogamia sexual, una utopía antinatural (Barash y Lipton, 2003).

Hamari resume lo anterior:

Esta parte de la cuestión del deseo se me hace como más instintiva y por eso es algo como inherente... pues no te lo vas a quitar aunque tengas una estabilidad con tu pareja porque es algo de la condición humana. (Hamari, conversación original 2010).

¿Cómo ir pues en contra de la naturaleza? Si el deseo es irremediable e inherente a mí, parecería que me exime de responsabilidades: “No sé qué me pasó”, “perdí el control” son frases que he dicho y escuchado para explicar cómo vivimos los encuentros furtivos o cómo dieron inicio relaciones extraconyugales de infidelidad, sin embargo, la explicación biológica se me hace insuficiente, más aún desde una postura de construcción de la identidad en relación al otro. También, a mi entender, decidimos:

Lo hacemos porque queremos...sí, eso es definitivo también...sentimos cosquilleo...bueno, siento cosquilleo, emoción de que una persona distinta me toque y sentirla, que me sienta, algunas veces por (vanidad) probar que puedo hacer sentir bien a alguien... que puede sentirse bien conmigo, ¡porque soy yo!...otras veces... es alguien a quien le quiero llegar a los talones.. Otras por querer desinhibirme, sentir mi cuerpo libre con alguien más que no es mi pareja...o la persona que me conoce y me ve y...me acepta como soy...esa es la parte linda, que me acepta como soy y me muestra amor y...a pesar de eso...quiere probar con otras personas... (Romina, 7 de abril 2010).

Aquí Romina me explica la forma en la que me construyo a partir del otro más allá de los marcos conceptuales biologicistas. Es el deseo una forma más de relacionarme con el entorno y de construirme a mí mismo. Soy yo, ese don Juan que consigue conquistar a la otra persona, o el “loser” que “batearon” en un bar. Resulto de la relación, de lo que provocho en las personas que permiten mi contacto, mi cercanía. Es sencillo, me defino a partir de las sensaciones que creo provocar en los otros u otras, desde responder o no a mi mirada, hasta lograr ese “perder el control” que mencioné más arriba. Soy en relación, y el deseo es un medio más en este devenir relacional.

En muchos momentos de este documento he usado las ideas de Hamari (2010) para explicar cómo es que el amor que es mío me puede llevar a una conducta relacional basada en la decisión del uso de mi amor. Pero, de nuevo, me pregunto si el deseo es una excepción o también cumple con la misma “política” de ser mío y decidir cómo, cuándo y con quiénes ejercerlo. Hamari misma me habló un poco de esto en el blog en línea:

... Yo tengo un deseo y el pasar a la acción puedo darlo o no, el punto es no hacerlo solamente por la pareja porque entonces eso no es congruente...decido darlo o no, por mí, el deseo es instintivo entonces que aparezca no tiene q ver con mi pareja, de hecho, no eliges que llegue cuando de repente ¡ya está! lo sientes. Me parece que es ser congruente con lo que sienta si yo decido

dar cabida a la acción de mi deseo es porque he elegido pagar el costo si no lo doy porque no quiere pagarlo mi yo, entonces no lo hago....cuando mis decisiones las tomo en función de si mi pareja se va a sentir o no puedo decir no lo haré al final sentiré cierta tal vez frustración o chin por qué deje ir ... porque la decisión no la tomaste desde el yo sino desde el tu...entonces el hecho de tomar la decisión desde afuera ni te genera bienestar porque te cuestiona e incluso puede hacer que los momentos q tengas con tu pareja se opaquen o no los disfrutes porque estas pensando en lo que dejaste ir. (Hamari, 9 de abril 2010).

La realidad es que yo jamás he caído en un “blackout” en mis encuentros, digamos, lujuriosos, tenga o no una pareja. Siempre he tenido un momento en el que decido seguir o detenerme. El deseo, sí, es inevitable, pero llevarlo a la acción parece ser, de nueva cuenta, un ejercicio electivo, una tarea de voluntad. No es que el deseo me arrastre a los actos sino que decido que lo haga, y entonces, de esta manera, me aleja del remolino pasional y me acerca mucho más a una experiencia individual. Vivir en dos (o en tres o en más) es solamente una elección sobre mi amor y mi deseo, sobre lo que yo soy en ese momento.

El castigo compartido.

Hago una pausa en el análisis de estos elementos (amor, deseo, momento) para hablarte de las consecuencias que el amor y el deseo por otro pueden llegar a tener en relación a *Lo Infiel*. Usaré pues este apartado para hablar de las consecuencias de llevar al acto este deseo y/o amor por otro y, principalmente, de la consecuencia que más mencionamos durante nuestras charlas: la culpa.

Hasta aquí, he mencionado que vivo los encuentros basados en el deseo que puede llevar o no al amor. Cuando estos encuentros se desarrollan

mientras estoy “soltero” (entendiéndose como no tener una relación de pareja monógama) los vivo como los pasos necesarios para establecer una relación de pareja ya sea estable o esporádica que generan en mí entusiasmo y placer. Pero cuando se han dado en el marco de la infidelidad, el entusiasmo y el placer frecuentemente se han acompañado de sentimientos de culpa y remordimiento generados por la conciencia de haber roto el contrato establecido con mi pareja.

Según Javier Martín Camacho (2004) la culpa es un sentimiento que frecuentemente acompaña a las personas cuando hacen o piensan algo que consideran moralmente malo o incorrecto y que produce una disonancia entre un valor o creencia y un acto. La experiencia de Mónica ejemplifica el sentir de esta disonancia:

Yo sí siento culpa cuando cometo un acto de infidelidad, no sé, me gusta pensar que tengo algo lindo con otra persona, o sea mi pareja, y al estar con otros es como ensuciar ese algo lindo que hay. Sin embargo para mí, todo es muy confuso, porque he de admitir que soy bastante injusta, egoísta e incongruente con ese tema. Realmente para mí sería la locura que me fueran infiel a mí, aun con un beso. (Mónica, 30 de marzo 2010).

Mónica me lleva al otro, a lo que él o ella espera, a la lealtad y el compromiso que frecuentemente damos como base de una relación de pareja (Maureira Cid, 2011). “Ensuciar ese algo lindo que hay” dice Mónica y me quedo pensando en la manera en la que describimos nuestros actos: algo sucio es, para mi, indeseable, castigable, digno de tener consecuencias. Quizá es por esa conciencia de ser creadores de nuestro mundo según lo describimos que Hamari empezó la charla describiéndose como una mujer que “vive en dos” y no como infiel.

Al igual que ustedes he tenido pensamientos y reflexiones sobre la culpa, sin embargo me doy cuenta que hace un cierto tiempo me he ido liberando de ella, me sigue costando trabajo aplicar el nombre de infidelidad, como dije otro nombre para mí sería más fácil el de vivir en dos o tres, etc, etc, solo que en esta última semana encontré otro nombre que me gusta más "es simplemente encontrarme con personas", entonces me pregunto cómo puede existir culpa en encontrarme con personas. (Hamari, 29 de marzo 2010).

Al día siguiente que Hamari expuso sus deseos de encontrar nuevas formas menos "castigadoras" de describir su experiencia infiel, intenté una suerte de respuesta a su comentario haciendo una diferencia entre la culpa y el arrepentimiento, buscando, de nueva cuenta, nuevas formas describir lo que yo he vivido en relación a la culpa.

¿Cómo se siente al filtrar los actos a través del "nombrecito" de infidelidad?... de repente hablar de las necesidades nos pone en un encrucijada, ¿quién soy yo en relación a otro? Es decir, me hago a veces la pregunta ¿qué tipo de persona soy, en función de las cosas que hago?... la culpa no es igual al arrepentimiento, y es interesante para mí hacer esa diferenciación, la culpa es más una cuestión personal, de sentirme enojado con el tipo de persona que soy a raíz de mis actos (llamarme infiel es realmente doloroso) es enojo conmigo, es culpa hacía mí, un castigo autoinfligido; el arrepentimiento, para mí, involucra al otro, quiero resarcírsele, dejo de hacer lo que hago buscando su perdón, su olvido. (Christian, 30 de marzo 2010).

Y es que hacer esa diferencia me ha llevado a incluir al otro u otra "a destiempo". Alguna vez mi amigo Bernardo Mezo Gastelum me dijo la siguiente frase: "Si ya cometiste un error (ser infiel), no cometas otro (confesarlo)" y me recordó que alguna vez en la serie televisiva "House MD" el protagonista mencionó que "el confesar una infidelidad no es honestidad, es egoísmo". Esto es, estoy harto de cargar con esta culpa tan pesada, de haber roto el contrato de exclusividad sexual o sentimental con mi pareja, es una losa tan pesada,

que decido no cargarla yo solo, así que la comparto con mi pareja, confieso haber sido infiel ya que no puedo con la carga.

La culpa, en mi experiencia, me ha llevado al remordimiento que me invita a incluir al otro en un acto egoísta de compartir la pesada carga. No es el hecho de compartirlo lo que me liberó de dicho peso, ya que podría haberlo hecho con algún amigo o en terapia, es el incluir a la pareja lo que ha cumplido tardíamente el requisito de honestidad que busca el castigo justo, la consecuencia adecuada y el liberarse de la carga de la culpa.

Lo infiel como momentos.

Probablemente el pasaje de la conversación inicial que más me llamó la atención, mientras transcribía lo dicho en el grupo de discusión, fue el referente a este apartado. Hablar de *Lo Infiel* pareció llevarnos irremediablemente al tema de la duración de las relaciones. Desde la primera lectura noté que el tiempo sería uno de los protagonistas principales de mis reflexiones en cuanto a la experiencia de ser infiel, y que todas las relaciones, especialmente las de pareja, suceden en el marco de la temporalidad. Aquí rescato lo mencionado por Romina para dar inicio al análisis de *Lo Infiel* mirándolo desde los momentos.

...desde pequeños (...) nos enseñan a que las relaciones deben ser duraderas, entonces cuando se acaban de manera temprana se siente una frustración porque no lograron prolongar una relación... no lograron que funcionara. O sea, según esto, como se nos transmiten la concepción de las relaciones duraderas, experimentamos frustraciones cuando vemos terminada una relación, entonces ¿Quién dice que tiene que ser prolongada? ¿Quién dice que no tenemos tiempo para tener veinte mil parejas? en esos momentos nosotros empezamos a tener esos pequeñas raíces, empezamos a dividir, descubrimos cosas,

bueno no sé, en mi caso, he descubierto “etapas” o “fases” distintas de mi persona, al estar con otras personas, o través de simplemente el hecho de hacerlo con esta otra persona, entonces yo he sido una persona que jamás me atrevería a ser. (Romina, conversación original 2010).

Romina expone de nuevo la idea del construirse de diferentes formas a través de sus relaciones con otros y le añade la idea de las diferentes “etapas” o “fases” de las posibles personas que ella puede llegar a ser. Me resulta interesante que Romina haya elegido esas palabras para expresar la diversidad de sus posibles Yoés, debido a que las palabras “etapa” y “fase” las ubico como una medida de tiempo. Así, Romina se describe siendo de diferentes maneras en diferentes etapas, y me hace imaginarme a las etapas como tiempos y a los tiempos como personas. Es decir, cada persona es un momento, y cada momento puede encerrar una Romina distinta.

En apartados anteriores señalé que las relaciones en general, y las relaciones de pareja en particular, son plurales y cambiantes. Con lo anterior Romina me invita a añadirle otro elemento: el tiempo.

Meses después, en el blog en línea, Hamari añade nuevas ideas a lo expresado por Romina:

Al leer nuevamente nuestra conversación la idea central que me llama la atención es el punto de la duración de las relaciones. Creo que mucho de lo que hablamos se puede ligar con este término. Romina pregunta: ¿quien dice que las relaciones tienen que ser prolongadas? de donde hemos tomado esa idea que nos hace cuestionar mucho sobre nosotros, nuestra vida, nuestra calidad de personas cuando una relación se termina, como si el decir pues ya no soy feliz no fuera suficiente razón para concluir. (Hamari 9 de mayo 2010).

Hamari pone el dedo en la llaga. Mis relaciones se encuentran enmarcadas en el tiempo y en las construcciones de la temporalidad alrededor de ellas. Existe un discurso dominante, socialmente construido, sobre el periodo de tiempo que las parejas deben de durar, y es igual o incluso más absoluto que la fidelidad: Las parejas, idealmente, deben durar para siempre. Estas construcciones sobre la monogamia y la duración del amor, muchas veces, pueden implicar una losa demasiado pesada de cargar, más aún, si damos como cierta la naturaleza cambiante y plural de las relaciones.

Entonces la eternidad, así como la fidelidad, son conceptos absolutos que parecen no ir acorde con la naturaleza plural y cambiante de las relaciones de pareja. Hamari tiene una visión interesante con respecto a lo anterior:

Yo he dicho últimamente: amar en automático incluye una pérdida, no sé porque se me hace así. Así es, para mí eso son las relaciones humanas: son ciclos y no porque para mí signifique en automático una pérdida puede decir quiero perderla. (Hamari, conversación original 2010).

Hamari me hace contrastar la idea de los ciclos (entendida como que todo lo que inicia, acaba) con la idea de la eternidad. De ahí me surgen algunas preguntas ¿Cómo es posible que no haya nada para siempre? La vida misma es un ciclo ¿Viviremos felices para siempre? la respuesta es NO, porque eso es imposible, porque aún si no nos separamos, tú morirás y yo moriré, y entonces también la relación de dos personas termina. ¿Existe la infidelidad en un mundo de ciclos? pienso en el ciclo iniciado y terminado y en otro comenzado unos días después ¿qué pasa si se traslapan?

Hablar de la vida en ciclos me da una idea nueva con respecto a la manera en lo que hablo de *Lo Infidel* ya que, si se ve desde el "planeta de los

ciclos", la infidelidad adquiere, para mí, un significado diferente. La cultura en la que vivimos me ha enseñado que mis relaciones tienen que estar libres de terceras personas, no solo personas que se incluyan en el camino, sino personas que estaban con anticipación. Esto es, existe una creencia socialmente construida que me ha enseñado que para que una relación inicie es necesario que las relaciones anteriores hayan concluido.

Cabe aquí un ejemplo. Supongamos que Rodrigo fue novio de Jorge del 2008 a febrero del 2011 y, posteriormente, ha sido novio de Manuel de junio del 2011 a la fecha (figura 3.2), teniendo que haber concluido la relación con Jorge para poder iniciar la relación con Manuel. Esto es lo que he aprendido que es lo ideal.

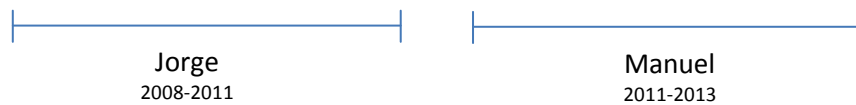


Figura 3.2 Construcción social de la temporalidad de las parejas.

Para Rodrigo cada una de estas relaciones son importantes: Ha aprendido de ellas y ha sentido amor y/o deseo por ambos, sin embargo, son amores y deseos diferentes aunque a ambos les llama amor y deseo; son relaciones separadas e independientes.

Para mí, este descubrimiento de la temporalidad me ayuda a entender mi propia experiencia con relación a la infidelidad ¿Cómo lo he vivido? Como dos relaciones (separadas e independientes) que comparten un mismo periodo de tiempo. En el ejemplo anterior tendríamos que suponer que Rodrigo inicio la

relación con Manuel sin haber concluido su relación previa con Jorge (Figura 3.3) siendo ese periodo de tiempo el que comúnmente entiendo como infidelidad.



Figura 3.3 Periodo de infidelidad.

Entiendo que no siempre continúo con la tercera persona si termino mi relación previa (como en el ejemplo de Rodrigo), sin embargo, en ese periodo del tiempo, ya sea de meses años u horas, sostengo dos relaciones al mismo tiempo que bien podrían presentarse de manera independiente sin ser catalogadas de infieles: Aquí me surge la pregunta: ¿Qué pasa con Rodrigo en ese periodo de tiempo? ¿Qué ha pasado conmigo en ese periodo del tiempo al tener dos relaciones al mismo tiempo? Porque, aunque parezca muy lógico y obvio, para mí es un descubrimiento la idea de las relaciones que, si se hubieran dado en periodos de tiempo diferentes, no tendrían nada de infiel.

Relaciones independientes.

Para expresar cómo he vivido mi proceso de ser infiel, parto de la idea de Hamari que “amar en automático incluye una pérdida”, es decir, todas las relaciones, tarde o temprano, terminan. Si todas las relaciones están destinadas a finalizar entonces veo ese periodo de tiempo como el que define a mi relación, o sea, mi relación existe entre el momento en que determino que inicie y el momento que decido que termine.

Lo anterior me invita a una suerte de “cortes” temporales en donde mis relaciones existen semejantes a los cortes entre escenas de una película, que para que se filmen, son grabadas de manera independiente y ninguna de ellas tiene relación con las otras hasta que se edita el montaje final en la posproducción. Es esa la manera en la que veo mis relaciones: independientes unas de otras como escenas de películas.

De esa forma María, mi novia de mis primeros años de preparatoria, tiene un periodo de tiempo separado del de Adela, mi novia de finales de la preparatoria. Dos relaciones independientes con cortes de escena de inicio y fin que las separa. Dos historias de amor con sus propios personajes y que ninguno se repite ya que María se relacionó con un momento de Christian, mientras que Adela estuvo con otro momento del mismo Christian, como un mismo actor que escenifica dos personajes distintos. Cada historia de amor y/o deseo tiene su trama, sus personajes, su mundo conyugal y extraconyugal generado al instante que nos unimos.

Mi pareja actual es presente, disfruto cada momento y estoy empezando a amar su esencia y no tiene nada que ver con otras personas, ni el sentir es igual. Hoy dentro de este sentir quiero que sea intenso y hoy lo que es congruente conmigo para este sentir, mío es que quiero estar con mi pareja sin la otra persona. (Hamari, 9 de abril 2010).

Hamari también lo expresa en atributos temporales al mencionar que su pareja es presente y, de nuevo, en un uso del amor y el deseo que son suyos en un marco temporal.

Pero separar a las parejas como momentos en el tiempo puede ser confuso. Sé que mis relaciones con María y Adela no fueron relaciones de

infidelidad. Cada una estuvo separada de la otra en el tiempo, sin embargo, me pregunto qué hubiera pasado con esta separación si se hubieran encontrado ambas relaciones en el mismo periodo de tiempo, ¿Se habrían relacionado con el mismo Christian? A mi entender no. Incluso presentándose en el mismo periodo de tiempo mis relaciones las he experimentado como separadas.

Rescato mis propias palabras al respecto:

Hace algún tiempo yo tenía como que muy claro cómo siento con ex parejas y cómo es lo que siento (ahora con mi pareja). Si comparo las sensaciones a nivel emocional son muy diferentes y, a pesar de ello, a todas esas sensaciones les llame amor. En una de las ocasiones que yo estuve con otra persona sentí que era como tener dos novias que bien pudieron estar en dos momentos diferentes, pero (estaban) al mismo tiempo... En ambas partes tenía cariño y tenía igual sentimientos, y me puse a pensar como en esa idea. No es que las quiera a igual a las dos, sino que son como esas novias que debieron estar en tiempos diferentes pero que coinciden en el tiempo juntas, y es que si comparo las emociones son muy diferentes, pero las dos bien podría llamarlas amor si hubieran resultado por separado. (Christian, conversación original, 2010).

De alguna forma he estado considerando el factor temporal para explicarme mi experiencia infiel desde antes de realizar esta investigación. Las palabras de Hamari, Mónica y Romina me obligaron a cuestionarme mi propia inclusión en *Lo Infiel* y en la manera en la que vivo en el entramado de los momentos como personas y las decisiones sobre el amor que es mío.

Así, defino mi experiencia en *Lo Infiel* como una decisión de abrirme a mi mismo a los momentos que me generen múltiples Yoes. Los diferentes momentos que puedo ser, en función de los otros y otras, es lo atractivo, lo seductor de vivir en dos o en tres o en mil, ya sea separados en el tiempo o coincidiendo en una misma temporada. Y esta misma definición me permite

cambiar de opinión, experimentar momentos con los *Nosotros* cambiantes, ya sea de múltiples encuentros o de uno solo que cambie con el tiempo.

CAPÍTULO IV

El Pretexto

Conclusiones

El presente documento posee puntos de inicio y final arbitrarios. Yo decidí desde dónde partir y hasta dónde parar de escribir. De esta manera, usé como punto de inicio las palabras que Mónica, Hamari y Romina me regalaron en un ejercicio de egoísta enriquecimiento personal, en donde ellas, con sus experiencias, sus opiniones e ideas, abrieron la brecha y me acompañaron en un proceso de autodescubrimiento y reflexión.

El final también es arbitrario, no podría ser de otra manera. En este capítulo realizaré un encuadre de las ideas analizadas en el capítulo anterior como si de conclusiones se tratara, pero con la conciencia de que pretender concluir un diálogo es, incluso, metodológicamente imposible. Así, estas líneas más que concluir el proceso lo estirarán, convirtiéndose en un pretexto para seguir reflexionando sobre mis propias experiencias, sobre la manera en la que decido ejercer mis amores, mis deseos, mis decisiones y sobre la forma en la que quiero relacionarme y vivir.

De nueva cuenta, te recuerdo que estoy aquí por un interés personal, ya que si se realizara un pase de lista de las personas que consideran que en algún momento de su vida han sido infieles, es muy probable que yo levantaría la mano y diría “presente”. Pero ese es sólo el principio. Lo Infiel, mi experiencia al sostener relaciones, de orden sexual o emocional, fuera de mis relaciones de pareja, es lo que expondré a manera de relato en los siguientes párrafos.

Las ideas que me ayudan a explicar mi experiencia son básicamente tres: a) el amor y el deseo que son míos, b) los distintos momentos en los que sucedo con las personas con las que me relacionó y c) mis relaciones suceden separadas unas de otras. Así, el análisis de los diálogos me permite ahora exponerte mi experiencia al ser infiel, explicándotela desde mis decisiones sobre mis deseos y mis amores, con la premisa de que mis relaciones son, en automático, independientes unas de las otras, y con la conciencia de mirar a mis parejas con la misma capacidad de decisión y de uso de sus amores y deseos.

Para ello parto de lo básico: para que exista la infidelidad debe existir a quién serle infiel, es decir, para ser infiel, necesariamente necesité estar en relaciones de pareja estables a las que llamaré, a lo largo de este capítulo, “relaciones monógamas”.

Me encuentro entonces, en una relación monógama, como amigo erótico, novio, esposo o concubino de otras personas. Esas uniones han generado, de forma automática, dos elementos más, de manera que hemos sido cuatro actores sobre el entablado en esta obra: Primero, el otro u otra (mis parejas); segundo, yo (con esos otros u otras); tercero, la relación entre ambos (lo conyugal); y cuarto todas las personas, instituciones e ideas culturales que nos rodean (lo extraconyugal).

Los cuatro nos sujetamos del amor y el erotismo, nos mantenemos unidos en función de la intimidad, el apego al contrato social y la noción de propiedad que frecuentemente implica el compromiso de estar en una relación de pareja monógama. Es en este periodo de relación monógama, cuando la

frase “te amo, soy tuyo y siempre te seré fiel” ha permeado mis relaciones aun sin ser mencionada. De esta frase, probablemente una de las más románticas que se pueden expresar, puedo extraer los discursos dominantes que habitualmente rodean al concepto occidental de pareja y que estructuran, a grosso modo, el contrato de matrimonio: el sentimiento (te amo), la propiedad (soy tuyo), la temporalidad (siempre) y la exclusividad (te seré fiel).

Estos discursos dominantes a menudo se me presentan como las únicas alternativas para relacionarme en pareja ya que configuran las cláusulas tradicionales del contrato del matrimonio occidental. Así, todas mis relaciones monógamas, actuales y del pasado, se han configurado emulando al matrimonio, ya sea como un noviazgo que pretende culminar en boda, o una convivencia establecida alrededor de las cláusulas del contrato matrimonial.

Si parto de que esta institución social, el matrimonio, es la única alternativa de establecer relaciones de pareja que sean sinónimo de funcionalidad, es esperable que cualquier otra manifestación (llámese relaciones swinger, poliamores, LAT, etc.) sea concebida como sinónimo de disfuncionalidad, de desviación y anormalidad.

Así, las cláusulas del contrato de matrimonio expresadas en la frase “Te amo, soy tuyo y siempre te seré fiel”, me generan una concepción inmutable de las parejas en la que el amor y el deseo se alinean al contrato matrimonial establecido desde las construcciones sociales del amor de pareja. Pero mi amor y mi deseo en mis relaciones de pareja monógamas no son inmutables y estáticos como el discurso dominante pretende, sino que son plurales y cambiantes a lo largo del tiempo y la interacción con el entorno.

¿Estos cambios en mi amor y mi deseo han generado que sea infiel? En mi experiencia, no necesariamente. Rara vez estos cambios se han tornado en una infidelidad. Es decir, no necesariamente he sido infiel por dejar de amar o desear a mis parejas. No. Para mí es claro que el ser infiel no ha tenido que ver con mis parejas monógamas sino conmigo.

¿Qué es lo hay en establecer múltiples relaciones que resulta tan atractivo? Para mí, lo atractivo ha estado en lo que resulta de mí en esas relaciones. Yo me construyo en función de las otras personas y de los distintos momentos de mí mismo que experimento con ellas. Esta idea me pluraliza al tratar de responder la pregunta existencial por excelencia: ¿Quién soy? Esto es, que si parto de la idea que sucedo en relación a los otros, la respuesta sería que yo soy dependiendo de con quién me relaciono, y así la pregunta (y las respuestas) cambiarían: ¿Quiénes soy?

Pero el gusto por esa constante búsqueda de respuestas propias se contrapone con el contrato tradicional de pareja. No cabe buscar más porque, en teoría, ya lo he encontrado. La estructura tradicional del matrimonio parece invitarme a renunciar a mis múltiples yoes, no como una decisión en sí, sino como una cláusula de correspondencia para mi pareja monógama, es decir, en muchas ocasiones me he encontrado siendo fiel por el deseo y la esperanza de que mi pareja monógama lo sea, esperando que ella también renuncie al uso libre de su amor y sus deseos. Pero ser fiel para que el otro me lo sea, me resulta, por no encontrar otras palabras, muy triste.

¿Cómo han iniciado mis encuentros infieles? Mis relaciones infieles siempre comenzaron con el deseo, un gusto erótico similar al que inicia mis

relaciones de pareja monógamas, pero que surgen en el tiempo en el que me encuentro, de hecho, en una de ellas. El deseo erótico siempre está presente en mí como una reacción automática, y puede llevarme al enamoramiento e incluso al amor, ya sea en relaciones monógamas o en relaciones de infidelidad y, en ambos casos, el amor y el deseo son míos y son plurales, pero eso no necesariamente me ha llevado al acto de contacto físico o de amor por otros.

Entonces, si el irremediable deseo no me lleva cual zombi al acto infiel ¿Qué determina que inicie o no una relación de infidelidad? Es aquí donde la pluralidad de las relaciones y el concepto del amor/deseo propios toman sentido, ya que si el amor y el deseo son míos y plurales, entonces, yo decido a quién o quiénes, cómo y cuando darlos.

Así, en mis experiencias infieles nunca dejé de amar y desear a mis parejas monógamas. La presencia de terceras personas estuvo en función del uso que decidí dar a mi amor y/o a mi deseo en un ejercicio paradójico de honestidad a mí mismo y deshonestidad a mis parejas monógamas. Esta disonancia entre lo que he decidido y lo que creo que mis parejas esperaban que decidiera me ha llevado a experimentar sentimientos de culpa y posteriormente de arrepentimiento debido a las exigencias que el contrato tradicional de pareja conlleva y, de nuevo, a las ideas que tenía sobre lo que mi pareja monógama esperaba que hiciera. Porque, aún desde la idea de que mi amor/deseo es mío, es innegable que muy probablemente mis parejas monógamas se sintieron defraudadas por mis actos.

La culpa para mí ha sido un autocastigo, un peso autoimpuesto por no cumplir con los deseos de mis parejas en beneficio de mis propios deseos. Ha sido algo íntimo, personal, generado del enojo que me provoca el definirme a raíz de mis actos. El arrepentimiento, por otro lado, no es necesariamente personal, lo he vivido como una urgencia a incluir a mis parejas resarciéndoles el agravio de serme honesto siéndole deshonesto a ellas. Así, cuando la culpa se ha convertido en arrepentimiento, he incluido a mis parejas en esa culpa, ya sea a través de una silenciosa y liberadora renuncia a terceras relaciones, de un trato más comprometido a la relación, o, incluso, de una confesión de mis actos que me permitiera compartir la carga del castigo autoimpuesto.

Pero la culpa por aquellos actos, e incluso mi concepto mismo de infidelidad, se han diluido en la elaboración de este trabajo. La noción de la temporalidad de mis relaciones de pareja me ha permitido explicarme de nuevo mi experiencia en relación a la infidelidad. He llegado a la idea de que todas mis relaciones se desarrollan en el tiempo, todas ellas están destinadas a terminarse en algún momento, y cada una de esas relaciones no serían vistas como infieles si se presentaran en un continuo interminable de inicio-final-inicio-final. Es decir, si tomo en cuenta la temporalidad, no necesito llamar infiel a ninguna de mis relaciones.

Trataré de ser más claro: mis relaciones de infidelidad tuvieron lugar cuando dos o más relaciones se intercalaron en el tiempo enmarcadas en la decisión de a quiénes, cómo y cuándo dar mi deseo y/o mi amor, pero que sin embargo, a pesar de encontrarse traslapadas en el mismo periodo de tiempo, fueron experiencias separadas entre sí. Fue la honestidad con mis deseos y sentimientos una influencia en mis decisiones que, consciente y

paradójicamente, muy probablemente fueron en contra de los deseos de mis parejas monógamas.

Lo anterior me lleva a escribir sobre lo que he llamado “el reto de la inclusión”. En la introducción de este trabajo te hable de aquella cesta en la que metí todos los frutos que dieron como resultado el interés de investigar sobre *Lo Infiel*, aquí, de igual manera, he ido metiendo ideas que me permiten explicarme lo vivido. Así, la cesta, a la que he llamado tesis, contiene lo innegable de mi experiencia: las relaciones empiezan y terminan, el amor/deseo es mío, mis amores y deseos son plurales y cambiantes; mis relaciones son independientes; el deseo es irremediable; me construyo a través de los otros; me gusta buscar nuevos yoes para mí mismo; etcétera. Mi tesis contiene ideas, el reto ahora es incluir también personas ¿Cómo incluyo a mis parejas monógamas en este proceso? ¿De qué forma las decisiones sobre mi amor/deseo pueden incluirlas? ¿Cómo puedo permanecerme honesto sin ser deshonesto a los deseos de ellas?

De esta manera, *Lo Infiel* me conduce a pensar que al relacionarme en pareja hay ideas que deseo tomar en cuenta pero que las ideas sueltas requieren de las personas con las que entro en contacto, ya que es en mis relaciones en donde radica el entendimiento de lo honesto e incluyente para conmigo y mis parejas. Así, para incluir a mis parejas, me parece una buena idea partir de que todas estas ideas también aplican a mis parejas que, de igual manera, son dueñas de sus amores y sus deseos cambiantes y plurales. Soltar, dejar ir, permitir al otro u otra que me ame a mí si lo desea, que decida cómo y cuándo hacerlo sin que haya contrato, compromiso o grillete que lo obligue.

Al final, el ser infiel es una simple decisión sobre el amor/deseo que es mío, y comprendo que las voluntades me pueden llevar de nuevo a establecer relaciones encontradas en el tiempo, pero, de igual manera, pueden resultar en una decisión momentánea de establecer una relación de pareja que acumule días, semanas, meses, años o vidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez Gayou-Jurgenson, J. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós.
- Anderson, H. (1997). *Conversation, language and possibilities: a postmodern approach to therapy*. Estados Unidos: Basic Books.
- Anderson, H. (2003a). *Listening, hearing and speaking: thoughts on the relationship to dialogue*. Consultado de www.harleneanderson.org/writings/
- Anderson, H. (2003b). *Postmodern social construction therapies*. Consultado de www.harleneanderson.org/writings/
- Ayora Talavera, D., Chaveste Gutiérrez, R. y Vadillo Atoche, F. (2011) *Prácticas socioconstruccionistas y colaborativas. Psicoterapia, educación y comunidad*. México: Unas letras.
- Banister, P., Burman, E., Parker, I., Taylor, M. y Tindall, C. (2004). *Métodos cualitativos en psicología. Una guía para la investigación*. México: Universidad de Guadalajara.
- Barash, D. y Lipton, J. (2003). *El mito de la monogamia: la fidelidad y la infidelidad en los animales y en las personas*. España: Siglo XXI Editores.
- Bauman Z. (2005) *Amor Líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bucay, J. (2006) *El camino del encuentro*. México: Océano.
- Camacho, J.M. (2004) *Fidelidad e infidelidad en las relaciones de pareja*.

- Argentina: Dunken Ediciones.
- Cañamares, E. (2005) *¿Por qué le es Infiel?* España: Amat Editorial.
- De la Espriella Guerrero R. (2008) *Terapia de pareja: abordaje sistémico*.
Revista Colombiana de Psiquiatría, vol. 37, Suplemento No. 1 pp.175-186
- DeFehr, J. (2008) *Transforming encounters and interactions: a dialogical inquiry into the influence of collaborative therapy in the lives of its practitioners*.
Países Bajos: Universidad de Tillburg.
- Eguiluz, L. (comp) (2007) *Entendiendo a la pareja: marcos teóricos para el trabajo terapéutico*. México: Editorial Pax.
- Estrada Inda, L. (2006) *El ciclo vital de la familia*. México: Debolsillo.
- Gergen, K. (2006), *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. España: Paidós.
- Gergen, K. y Gergen, M. (2011) *Reflexiones sobre la Construcción Social*.
España: Paidós.
- Hernandez Sampieri, R. Fernandez Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2003)
Metodología de la Investigación. México: McGrawhill.
- Kundera, M. (2002) *La insoportable levedad del ser*. 9na Edición. México: Tusquets Editores.
- Licea, G., Paquetin, I y Selicoff, H. (2002) *Voces y más voces: el equipo reflexivo en México*. México: Alinde Psicoterapia.
- Limón Arce, G. (2005) *El giro interpretativo en psicoterapia*. México: Editorial Pax.
- Lindholm, C. (2007). *Amor y estructura. Apuntes de investigación del CECYP*, 0(12), 19-41. Consultado de

<http://apuntescecy.com.ar/index.php/apuntes/article/view/116/101>

- LlopisGoig, R. (2004) *Grupos de Discusión*. España:ESIC Editorial.
- Manrique Solana, R. (2003) *Conyugal y extraconyugal: nuevas geografías amorosas*. España: Fundamentos.
- Maturana, H. (1992) *El sentido de lo humano*. Chile: Dolmen Ediciones.
- Maureira Cid, Fernando (2011) *Los cuatro componentes de la relación de pareja*. Revista electrónica de psicología Iztacala, Vol. 14 No.1
Consultado de <http://www.clikisalud.info/>
- McNamee S. y Gergen K. (1996) *La terapia como construcción social*. Argentina: Paidós.
- Merle, E. (2002) *El principio de la incertidumbre y la naturalización de la inteligencia*. Revista de Filosofía y Teoría Política No. 34. Universidad Nacional de la Plata. Consultado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar
- Morales Marente, E. (2007) *El poder en las relaciones de género*. España: Centro de Estudios Andaluces.
- Ortiz Fisher, R. (2007) *Modalidades de funcionamiento de parejas de menor a mayor complejidad vincular* en Eguiluz, Luz de Lourdes (comp) *Entendiendo a la pareja: marcos teóricos para el trabajo terapéutico*. México: EditorialPax.
- Papalia, D. E., WendkosOlds, S. y Feldman R. (2009) *Psicología del desarrollo: de la infancia a la adolescencia*. 9na Edición. México: McGraw-Hill.
- Rage Atala, E. (1997) *Ciclo Vital de la Pareja y Familia*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Riso, W. (2003a) *Ama y no sufras*. Colombia: Norma.
- Riso, W. (2003b) *La fidelidad es mucho más que amor*. Colombia: Norma.

- Romi, J.C. (2009) *El pluralismo sexual*. Revista: *Psiquiatría Forense, Sexología y Praxis*, año 16, vol. 6, Nº 3
- Salgado, C. (2003) *El desafío de construir una relación de pareja*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Shotter, J. (2000) *Inside dialogical realities: from an abstract-systematic to a participatory-holistic understanding of communication*. *Southern Communication Journals*, 65. pp. 119-132.
- Tallaferro, A. (2009). *Cursobásico de psicoanálisis*. México: Paidós.
- Tarragona Sáez, M. (1999) *La supervisión desde una postura posmoderna*. *Revista de Psicología Iberoamericana*. Vol,7, No. 3 pp.68-76
- Velasco Alva, F. (2007) *Amor, pareja y posmodernidad* en Eguiluz, Luz de Lourdes (comp) *Entendiendo a la pareja: marcos teóricos para el trabajo terapéutico*. México: Editorial Pax.
- Virel, A. (2008) *Vocabulario de las psicoterapias*. 2da Edición. España: Gedisa.
- White, M. & Epston, D. (1990). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. España: Paidós.
- Zumaya, M. (1998) *Antología de la Sexualidad Humana Vol III*. México: Porrúa.